

Repertorio Americano

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXI

San José, Costa Rica 1930 Sábado 18 de Octubre

Núm. 15

Año XII. No. 511

SUMARIO

La evocación de Hudson.....	Augusto Rodríguez Larreta	El código de Chumayel.....	E. Abreu Gómez
Los grillos.....	Atilano Carnevali	La piedra de Bolívar.....	L. E. Nieto Caballero y
Poesías.....	León-Felipe		Jorge Wills Pradilla
El caso de la inversión extranjera (2).....	N. Viera Altamirano	El nigromante.....	Clemente Palma
León-Felipe, el poeta trashumante.....	Enrique Díez-Canedo	Bibliografía titular.....	
Lo que opina Romain Rolland sobre los destinos de la América Latina.....	Haya de la Torre	Lo que busca Hispanoamérica.....	Germán Arciniegas
Dos amables teorizantes saxoamericanos acerca de los empréstitos.....	Juan del Camino	La traición de los hombres ilustres. Otros traidores. Tablero (1930).....	

La evocación de Hudson

=De La Nación, Buenos Aires=

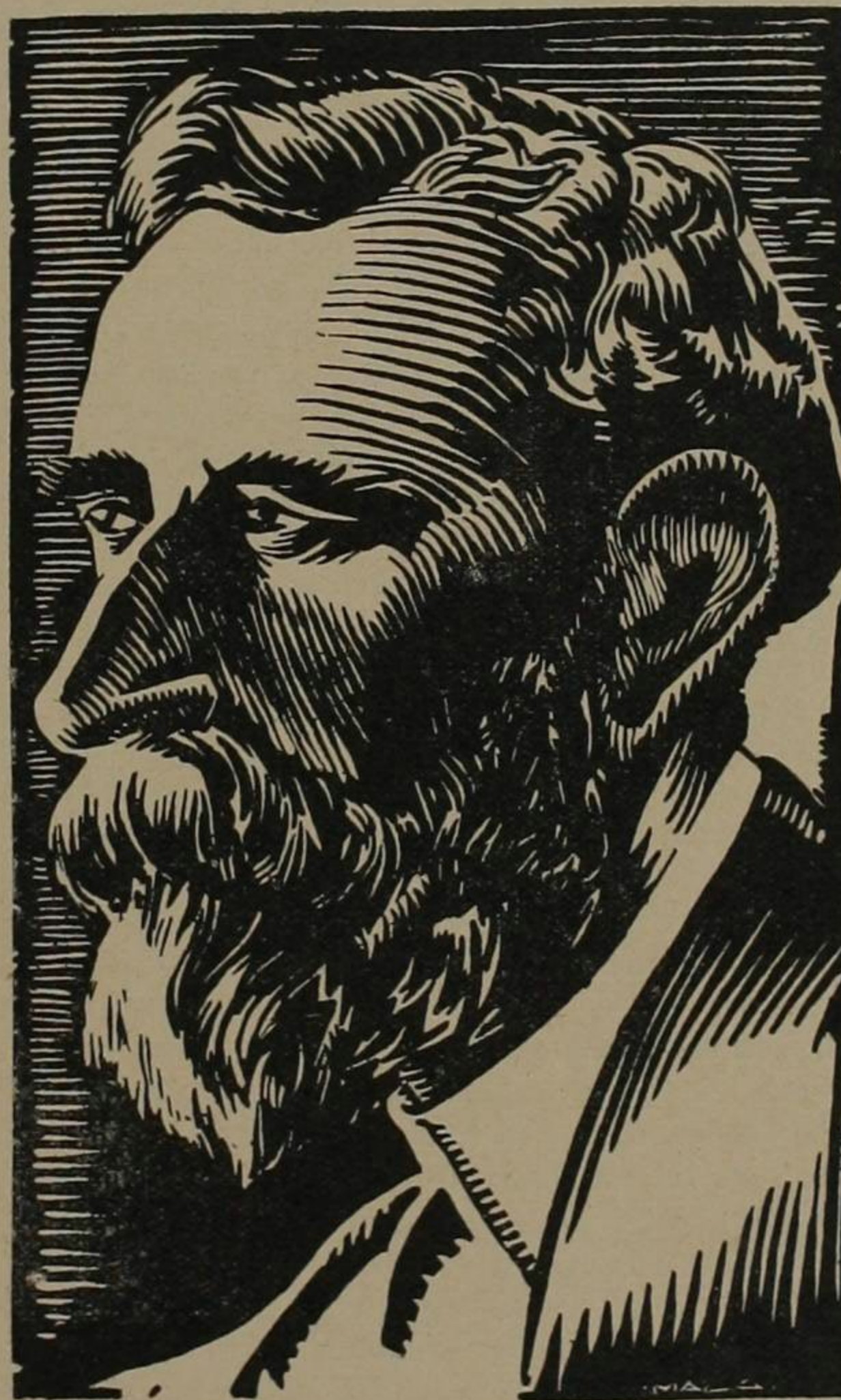
Hace tres años, en Inglaterra, mientras estaba yo en trance de corresponsal telegráfico, supe que había llegado a Londres Enrique Ferri. Venía el ilustre orador italiano a tomar parte en un congreso de penalistas. No tenía mayor interés la razón de su viaje. Pero Ferri, por su personalidad, de indiscutible relieve, y por ser bien conocido en la Argentina, presentaba los rasgos inequívocos del personaje entrevistable. Le envié, pues, unas líneas al hotel en que se alojaba, solicitándole una audiencia. La respuesta no tardó. Ferri me recibiría al día siguiente, a las seis de la tarde. Y acudí puntualmente a la cita.

Como esto ocurría en el mes de agosto, en pleno verano londinense, reinaba en la ciudad una luz intensamente diurna. Acaso porque la niebla suele disiparse antes del crepúsculo, la luz de Londres en agosto parece más brillante a las seis de la tarde que a mediodía. No dejó, así, de causarme sorpresa el ver aparecer en el *hall* del hotel al ilustre señor rigurosamente vestido con uno de esos fracs desmesurados y verdinegros que figuran siempre en el guardarropa de los sabios.

—Tengo un banquete a las siete y media, se apresuró a explicarme. Y como deseaba conversar con usted un buen rato para evocar en su compañía felices recuerdos de Buenos Aires, resolví vestirme desde ahora. Quedo a sus órdenes hasta la hora del banquete. Podemos conversar aquí, o, acaso mejor salir juntos a dar una vuelta y a disfrutar de la hermosa tarde.

El miedo argentino del ridículo, que todos nosotros llevamos dentro, me hizo mirar con inquietud el paseo con este antiguo socialista de alta planta sobre cuyo frac inusitado caían con abundancia las blancas barbas fluviales. Lo tomarán por un aviso, pensé. Buscarán un letrado en su espalda... Pero, afortunadamente, me sobrepuse a mis temores aldeanos. Tenía gran curiosidad por escuchar la famosa elocuencia de Ferri. Estará más inspirado que en este triste *hall*, al aire libre, en presencia de los monumentos que hallaremos a nuestro paso. Y salimos juntos.

En efecto, no bien llegamos a Kensington Gardens, Ferri, que había ido montando vapor en el camino, se entregó a la seducción de un monólogo subidamente oratorio. Y su acento, admirable en verdad, alcanzó el más alto vuelo cuando nos detuvimos frente al Albert Memorial. El Albert Memorial, como bien sabéis,



W. H. Hudson

Por Luis Macaya

recuerda a un benigno príncipe consorte que no hizo grandes cosas en sus días, pero que fué esposo de la reina Victoria. En relieve, a los cuatro costados del monumento, halláanse esculpidas cuatro alegorías: la pintura, la escultura, la arquitectura, la poesía. Cada una de ellas se compone de una serie de figuras que encarnan a los principales cultores de estas artes.

Ferri, en rápido escrutinio, percibió inmediatamente que estábamos en presencia de una mayoría italiana. Hizo entonces el elogio de su patria. Su voz melodiosa, rica en matices, ora suave, ora profunda—como algunos dicen,—evocó, con grande elocuencia, a Rafael, a Leonardo, a Miguel Angel, al Dante...

El magnífico discurso me dejó extasiado. Pero también cohibido. Quedé consciente de mí—si

se me permite el anglicismo. Porque hubiera querido a mi vez estar en condiciones de señalar para mi propio país alguna gloria... Seguimos caminando, ahora en silencio. Transpusimos la reja de Kensington Gardens; continuamos nuestro paseo por Hyde Park. Cuando, de pronto, surgió ante nosotros un nuevo monumento: el Hudson Memorial. Ferri no lo conocía. Me desquité al explicárselo.

—Este monumento ha sido inaugurado hace pocos meses. Honra la memoria de Guillermo Enrique Hudson, un escritor argentino que murió en Londres en 1922. Hudson nació en la Argentina, vivió en nuestros campos hasta los treinta y tres años y vino luego a radicarse a Inglaterra. Tan argentino se sentía que dijo alguna vez: «Mi vida terminó cuando me alejé de mi tierra natal». El monumento ha sido muy discutido. Se le discute todavía en los periódicos. Como es hecho por Epstein—escultor genial y extravagante—tiene sus detractores y sus apologistas. Pero fué inaugurado por el Primer Ministro de Gran Bretaña. Y nadie ha puesto en duda la justicia de que se rinda—acaso por primera vez en la historia—tan grande homenaje a un escritor contemporáneo. El mérito literario excepcional de Hudson tardó en ser reconocido por el público. Los naturalistas le consideraban un simple literato; los literatos un simple naturalista. Es un equívoco que se produce con frecuencia cada vez que un hombre vive entre dos vocaciones, aun cuando descuella en ambas. Entretanto, la armonía, la pureza de su pensamiento y de su prosa ganaban los mejores adeptos. Y así llegó la hora de la apoteosis. Dijeron entonces los críticos: «Alguien puede igualar la prosa de Hudson: nadie superarla»; «dentro de cien años Hudson será mirado como uno de los grandes escritores clásicos»; «nunca tuvo un espíritu, como el de Hudson», al mismo tiempo, la agilidad del pájaro y la serenidad del cielo...

Estas, o parecidas, fueron las palabras que pronuncié frente al alma esculpida de Rima, la heroína de *Las mansiones verdes*.

No quiero abusar del recurso que utilizan nuestros diputados para presentarse como buenos oradores ante la posteridad. Dicen en el recinto unas cuantas frases balbucientes y enseguida se entregan a lo que ellos llaman «corregir la versión taquigráfica», esto es, a insertar en el diario de sesiones una oración de largos períodos, conceptuosos y elegantes. Yo no deseo hacerlo. Confieso que mi discurso fué sentido,

pero modesto y breve. No era el caso de que mi ilustre acompañante, después de haberse endilgado el frac a hora tan temprana, fuera a incurrir por mi culpa, en la terrible inconveniencia de llegar tarde a un banquete inglés.

Volvímos, pues, hacia el centro, por los caminos de Hyde Park, ya ensombrecidos: por esos caminos poéticos que se deslizan entre el césped impecable, junto a los troncos oscuros, bajo el follaje musical.

Muchas veces ha vuelto a mi memoria este trivial episodio que me hace recordar con gratitud el «santuario de los pájaros» en el que Londres ha querido immortalizar a Guillermo Enrique Hudson. Pero nunca de modo tan preciso como al pedirme los organizadores de la Exposición del Libro⁽¹⁾ que ocupara esta tribuna para clausurar con mi palabra la Exposición y para rendir a Hudson un homenaje que tienda a incorporarlo a las letras argentinas. A esta primera exposición del libro argentino, cuyo éxito ha sido consagrado por la afluencia de un público incesante, bien podemos considerarla una batalla ganada. Y nada me parece más oportuno, para certificar la victoria, que recoger un trofeo antes de abandonar el campo.

No se trata, desde luego, de emprenderla contra el Imperio británico y reconquistar a Hudson violentamente como si fuera una isla Malvina. Hudson escribió en inglés y vivió la mitad de su vida en Inglaterra. Algunos de sus libros revelan un conocimiento y un amor intenso por condados y regiones como Conwal, Hampshire y Salisbury Plain, que Hudson recorría, generalmente a pie, saboreando el canto de sus pájaros, la línea de árboles, el horizonte pequeño de las Downlands que se le antojaban una pampa en miniatura. Los ingleses tienen razón en admirarle, y aún en exaltarle como a una gloria propia. A nosotros nos toca hacer otro tanto. En el plano del espíritu conocer es la única manera de adueñarse.

Si tenemos que hablar de Hudson como de un escritor extraño, ello se debe únicamente a que todavía no nos hemos puesto a conocerle. A pesar de que nació y vivió hasta los treinta años en nuestro país y de que sus mejores libros son imágenes incomparables de nuestro ambiente, tanto su vida como sus obras nos son desconocidas. Por tardar en conocerlas las letras argentinas se desenvuelven sin el aporte que pudiera significarles este escritor extraordinario. No he pensado ni por un momento que pudiera ser yo, en los minutos que dura una conferencia, quien llenara el lamentable vacío. Pero creo que si apunto algunos datos biográficos y algunas reflexiones que lleguen a despertar interés, habré cumplido mi propósito de acelerar, siquiera sea en algunos instantes, la incorporación de Guillermo Enrique Hudson a nuestras letras.

Es la de Hudson una biografía simple en sus grandes líneas. Allá por el año 1830 partió de Marblehead (Massachusetts) con destino a la América del Sur, un joven matrimonio norteamericano. El marido era Daniel Hudson, padre de nuestro escritor. Nacido en Norte América, hijo de ingleses, trabajador modesto en una fábrica de cerveza, Daniel Hudson fué víctima de un accidente. Mientras caminaba, con la

despreocupación [que da el hábito, sobre una hilera de toneles, perdió pie y sufrió una caída. El fuerte golpe en la espalda le produjo una lesión en la pleura. El médico le recomendó entonces un buen reposo en un clima templado. Sin mayor seguridad en el rumbo, Daniel Hudson se embarcó para la Argentina y después de un largo viaje llegó a Buenos Aires y luego a Quilmes. Pero no creáis que eligió este lugar para proseguir su oficio de cervecero. No existía todavía la Cervecería Quilmes. Digo que Hudson llegó a Quilmes para señalar con aproximada exactitud el punto en que sentó sus reales. Adquirió, en pleno despoblado, a orillas del río Conchitas, una propiedad bastante reducida que llevaba el pomposo nombre de *Estancia de los 25 Ombúes*. Y se dedicó a criar ovejas.

La esposa de Daniel Hudson era también norteamericana; pero no hija de ingleses como él: norteamericana verdadera de antepasado «peregrino» que llegó a Nueva Inglaterra en el May Flower con una Biblia bajo el brazo. Inteligente, virtuosa y afable, la madre de nuestro escritor se aclimató pronto en la Argentina. Y tuvo seis hijos. El tercero—de los varones— nació el día de Santo Domingo, el 4 de agosto de 1841. Los nativos, vinculados a la familia, trataron de inducir a los padres a que pusieran al recién nacido el nombre del santo. Así salvaríase el alma del pobrecito niño, nacido de protestantes. Pero en cuanto a religión... El chico fué bautizado con el nombre de Guillermo Enrique en la primera iglesia metodista episcopal de Buenos Aires.

Hasta los cinco años Hudson vivió en la pequeña *Estancia de los 25 Ombúes*. Desde los cinco hasta los quince, en otro establecimiento que tuvo su padre cerca de la laguna de Chascomús. Y luego, nuevamente, en los Ombúes, cerca de Quilmes, hasta los veinte años. De los veinte a los treinta, es difícil seguir sus rastros.

¿Cuál fué la vida de Hudson durante estos distintos períodos? Suele responderse a esta pregunta con las referencias contenidas en sus propias obras: *Allá lejos y hace tiempo*, *Días de holganza en la Patagonia* y *La tierra purpúrea*. Traduzco los títulos literalmente. Estos tres libros—aun cuando el autor adopta en el tercero de los nombrados la forma novelesca—son, en verdad, autobiográficos. ¿Quiere decir que Hudson dejó escrita la historia de su vida en la Argentina? Absolutamente. *Allá lejos* abarca desde sus primeros recuerdos hasta los quince años. *Días de holganza* cubre su viaje a la Patagonia, realizado cuando tenía veintitrés años y que sólo tuvo un año de duración. *Tierra purpúrea* relata sus andanzas en la Banda Oriental, donde presumo que tampoco estuvo más de un año. De los veinte a los treinta años sólo nos cuenta, pues, lo que hizo en dos y, justamente, aquellos en que salió de la provincia de Buenos Aires. La autobiografía de Hudson en la Argentina es, así, muy incompleta. Si a ello se agrega que las autobiografías rara vez permiten obtener una impresión exterior del protagonista y ubicarlo dentro de un cuadro social o de conjunto, se comprenderá hasta qué punto convendría que se hiciera de la vida de Hudson entre nosotros un estudio prolijo, como los varios que han sido hechos en Inglaterra. La tarea sería difícil, porque no fué la suya una existencia de las que dejan hondas huellas y porque habiendo partido de aquí el año 74, demás está decir que no abundan testimonios.

Por mi parte he podido recoger algunas referencias que me permiten hacer una pequeña

síntesis. Uno de mis informantes, que cuenta 82 años, es un distinguido contemporáneo de Hudson, también hijo de norteamericanos y que le ha conocido bien. Solía su familia veranear en Quilmes y él se ha bañado muchas veces en el río Conchitas con Hudson y sus hermanos.

Parece ser que los primeros cinco años, en la estanzuela de Quilmes, se deslizaron en un ambiente pobre, apacible y extranjero. En *Allá lejos* se observa que en la vida de Hudson no hubo movimiento alguno ni hecho que pudiera contribuir a modelar su personalidad hasta que su padre dejó de ser un tranquilo pastor de ovejas y se trasladó con su familia al establecimiento de Chascomús. ¿Qué clase de establecimiento era éste? He aquí algo que no puede averiguarse con exactitud si sólo se cuenta con la autobiografía. En efecto, en *Allá lejos* Hudson nos habla de vastos graneros, de trueque de productos, de hogar hospitalario. Y nos induce en error, sin quererlo. La definición del establecimiento de Chascomús es imposible si no se dice que era una «pulpería».

El género del negocio y el hecho de constituir una etapa casi obligada de cuantos emprendían camino hacia el Sur de la Provincia, hicieron que Hudson, entre los cinco y quince años, formara su mentalidad y sus sentimientos en contacto con los tipos más variados y característicos de nuestra campaña. Ya no fué el niño sometido a la exclusiva influencia de sus padres norteamericanos. La edad lo independizaba. Don Diego Hudson, el «pulpero», hacía frecuentes viajes a Buenos Aires para surtirse de mercadería. Y tres veces volvió con un maestro para sus hijos. Dos ingleses y un irlandés fueron ensayados en la tarea, sin el menor éxito. El país y su naturaleza mantuvieron pleno imperio en la educación de Hudson.

Dijérase que se dibujaba ya su porvenir. El chico era diestro, valiente, buen jinete. Había hecho su aparición en carreras de cuadra. Podía ser el comienzo de un gaucho auténtico, de uno de esos gauchos que apenas denuncian en el color de los ojos la presencia de una sangre extraña. Tenía ya, por anticipado, en el brazo, una cicatriz que le hiciera involuntariamente su hermano mayor en un simulacro de duelo a cuchillo.

Pero al cumplir los quince años prodújose en la vida de Hudson un viraje brusco. Su padre se arruinó y debió volver con su familia a la estanzuela de Quilmes. Además, tuvo dos graves enfermedades: una fiebre tifus y una fiebre reumática. Salió de estas enfermedades transformado en un adolescente alto y flaco, muscularmente fuerte, pero amenazado para siempre por una lesión cardíaca. Su convalecencia fué muy larga. Al cumplir 19 años perdió a su madre. Fué el fin de su hogar y el principio de su vida de hombre. Empieza también con esto la dificultad de seguir sus rastros.

Con los datos del informante a que antes me referí y con otros que pueden recogerse en las ilustraciones hechas por el dibujante Harley, con asistencia del autor, para algunos libros de Hudson, así como también con las referencias de éstos mismos y los que se hallan en cartas de Hudson a Morley Roberts y a Edward Garnett, es dable, sin embargo, trazar una silueta del hombre que entre los veinte y treinta años vagó por la Provincia y por la Patagonia y la Banda Oriental.

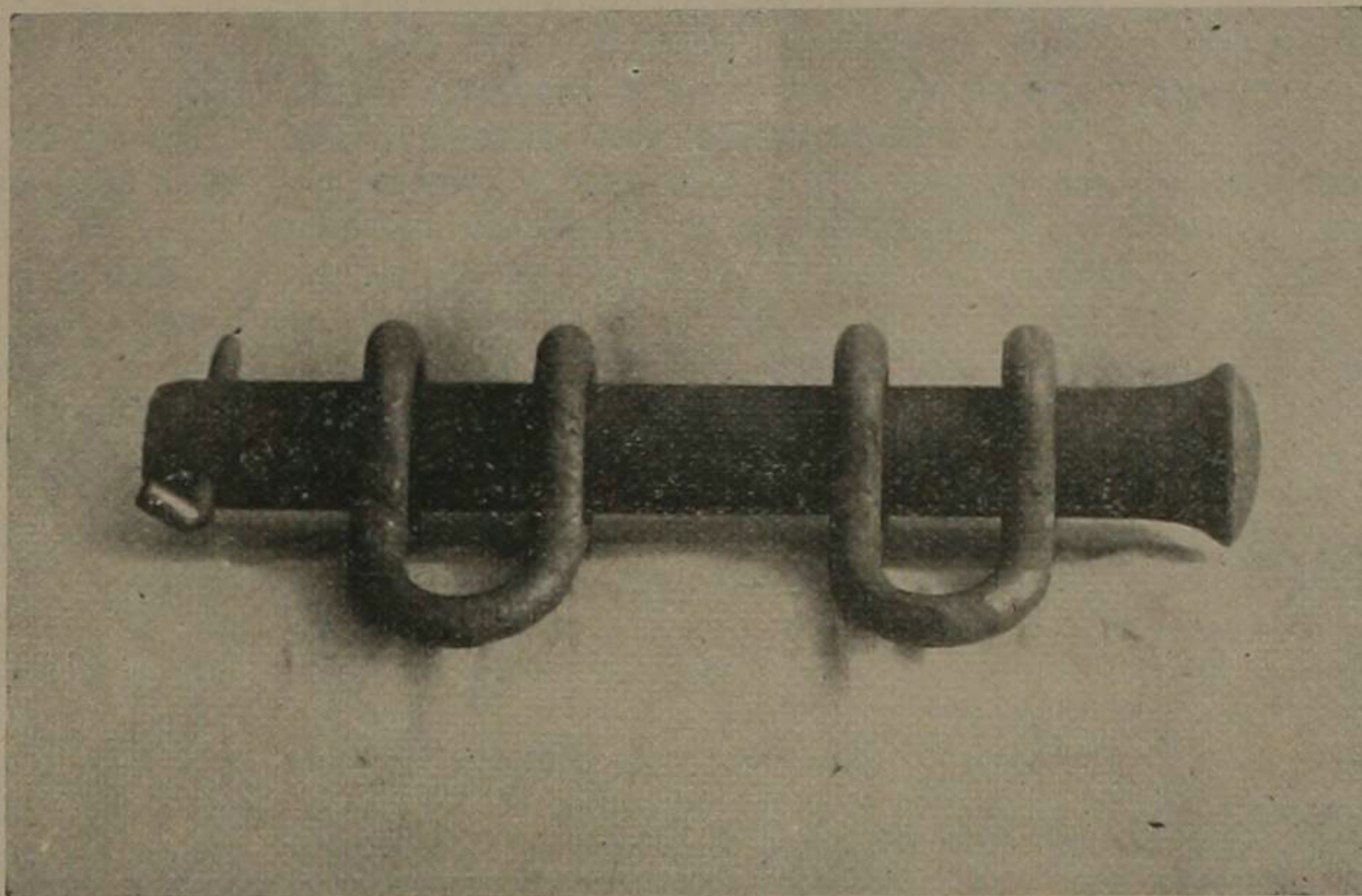
Un hombre alto, delgado, de barba fina, más bien oscura, y rostro aguileño. La mirada pe-

(1) Estamos reproduciendo ahora el texto de la Conferencia que el Sr. Rodríguez Larreta pronunció al clausurarse la Exposición Nacional del Libro, en el TEATRO CERVANTES de Buenos Aires, y el 30 de setiembre de 1928.

Los grillos

Contribución al estudio del régimen penitenciario de Juan Vicente Gómez

= Envío del autor =



Grillos con que se tortura a los presos políticos en Venezuela. La jerga *presidiaria* los califica de *rehabilitadores*, según es calificado el régimen de Juan Vicente Gómez

Escribimos esta página, de manera especial e intencionada, para el lector extranjero. Hombre libre en un país libre, acaso nunca tuvo ocasión de ver estos bárbaros instrumentos de tortura sino en un museo histórico, donde se les conserva como testimonio de civilizaciones absurdas y de opresión sin ejemplo en las democracias de hoy.

Sin ejemplo, dije, y dije mal. Porque en Venezuela, por desgracia, no han pasado todavía los *grillos* a los estantes de los museos. El uso y el abuso de esas cadenas abominables constituye uno de los aspectos más trágicos del despotismo. Es imposible formarse una idea del gobierno de «paz y orden» de Juan Vicente Gómez sin asociarla al cuadro de sus cárceles, de sus verdugos, de sus grillos. Y ese cuadro se prolonga en el tiempo a más de cuatro lustros, y en el espacio a un millón de kilómetros de superficie...

Sin temor a exageraciones, puede decirse que Venezuela es un país de prisioneros políticos. Sólo que unos están en las cárceles, sometidos a un régimen especial de suplicio y de muerte, y a otros se les concede la gracia de traficar por las calles. La diferencia no es esencial, sino de régimen. La prisión no comienza con el ingreso a la Rotunda o a los Castillos, sino que cambia de aspectos en su severidad. Porque todos los venezolanos, en Venezuela, son presos de Gómez, y todos sienten el rigor de esas cadenas bárbaras. Unos las llevan en el espíritu, otros en los pies.

No sabríamos precisar el número de grillos que almacena Gómez en sus ergástulas. La estadística no ha suministrado aún ese dato precioso. Pero sí nos atrevemos a afirmar que nunca han surgido conflictos por escasez. Al margen de cada nuevo atentado contra la

inspiración democrática de nuestras leyes, anticipase una orden de super producción en los talleres del dique y en la Escuela de Artes y Oficios de Caracas. Es de presumirse que hay obreros *especialistas* en grillos, como los habrá seguramente, en rieles de ferrocarril o en útiles para la agricultura. Los últimos podrían haber tenido treguas en su labor. Los *grilleros*, nunca.

Los grillos de Gómez, con una variedad fantástica en los pesos y en las medidas, están formados por cuatro piezas esenciales: una barra, dos argollas, y la espiga o *chaveta*. Su aplicación es muy sencilla: se ajustan las argollas a cada una de las piernas del «enemigo», se hace pasar la barra por la abertura posterior de las argollas, y se remacha la espiga a fuerza de martillo y de yunque. Termina así la operación, y comienza el suplicio. Su duración depende, no de artículo alguno del Código Penal ni de razonada sentencia de los

jueces, sino del capricho del «amo». Su voluntad es ley, su voluntad es fallo sin apelación. Fernando Márquez los lleva desde hace 21 años. Casi por igual tiempo han oprimido los pies de un varón digno de Plutarco: Rafael Arévalo González. Estos no son sino ejemplos aislados. Nunca estuvieron vacías las cárceles del despotismo, y menos que nunca a la hora de escribir esta página acusadora. Hay cristianos a quienes se les remachó, no uno, sino dos y hasta tres pares de grillos de 75 libras. Son los condenados a la gangrena y a la muerte. Otras veces se asocia a dos infelices en la cadena infernal de un solo par de grillos, y noche y día, año tras año se les obliga a tan repugnante género de convivencia. Este es castigo generalmente reservado para los militares fieles a la patria, pero no al dictador.

A plena luz meridiana del Siglo xx, somos más de cien mil los venezolanos acogidos a una hospitalidad de misericordia; más de diez mil los condenados a una «servidumbre de la gleba» construyendo caminos para que marchen sus opresores y los extranjeros; más de cinco mil los sepultados vivos en la Rotunda y en las penitenciarías. A ninguno se le ha permitido el más elemental derecho de defensa. Sacerdotes, médicos, abogados, hombres de letras, estudiantes, militares, obreros—la Venezuela decorosa y vertical, en una palabra—afirman en la cárcel o en el destierro la fuerza de su idealismo desvelado. Ellos son la protesta, ellos la potencialidad vindicatoria, y de ellos la aspiración a que los venezolanos del porvenir, como el lector extranjero, sepan de la humillación de estas cadenas bárbaras sólo a través de la historia y de los museos de antigüedades. Tal es, más que la aspiración, más que la profecía, el juramento de la patria nueva.

Atilano Carnevali

San Juan, Puerto Rico, Agosto de 1930.

netrante pero bondadosa. Ligeramente inclinada la cabeza bajo el chambergo de alas anchas. Vestido, por lo demás, a la europea. Las piernas parecen aún más largas en el pantalón; angosto. Envuélvese el cuello en un poncho pequeño que vuelca sobre la espalda. En la mano lleva siempre un bastoncillo de naturalista.

Vive al azar de sus pasos. Rara vez cae por la Capital. Vagabundo empedernido, incapaz de ganar un peso, inhabilitado para trabajos o ejercicios violentos, recorre la pampa en su caballo, deteniéndose de estancia en estancia y agotando discretamente el tesoro de la hospitalidad. Se le ve llegar sin desconfianza porque es un hombre de paz. Sus gestos tienen la suavidad que les imprime la timidez. No bebe ni es jugador. En el rincón más apartado de la cocina tomará la ración que es de todos. Al día siguiente se quedará cerca de las casas, observando a los pájaros. Estará horas enteras

con los ojos fijos en un nido. Al anoecer, otra vez en el rincón de la cocina, acaso conversando con el chiquillo roto a quien nadie dirige la palabra. Hudson nunca incomoda porque siempre se está yendo. Parte con el alba. Lleva en su bolsillo poco dinero, un revólver y una libreta de apuntes.

¿Aventuras de amor? Quizá; en el secreto de los cañaverales. El idilio que es sólo una mirada. La muchacha descalza de nuestro campo, que se entrega, al borde del camino. Mónica, descrita por él, la chica que nació sin esperanza y vive sabiendo que su felicidad no ha de durar más que un minuto único, el minuto perfecto en que apoyará su cara sobre el hombro del forastero.

De tarde en tarde el bohemio de la pampa volverá a la estanzuela entristecida de Quilmes. Allí leerá algún libro de historia natural, escribirá un libro sobre pájaros para la *Gaceta*

Zoológica de Londres, acompañará a su padre que ya no tiene energía para trabajar.

El padre de Hudson muere en 1869, cuando el hijo tiene 28 años. Nuestro hombre prolonga cuatro años todavía, cada vez más desordenada, su vida de vagabundo. Y tan acostumbrado está a partir, que un día, en 1874, parte para Inglaterra, definitivamente.

No volvió más a su patria. Pero ¿puede creerse que haya dejado de ser argentino? Lo era y siguió siéndolo en todo sentido. Para probarlo permitidme apuntar rasgos diversos de Hudson que sin ser característicos de todos los argentinos, a mi modo de ver definen, sumados, al argentino auténtico, es decir, al argentino rural.

Más que de Dios hablaba de la buena o mala suerte. Hudson era incrédulo. Tal fué la fuerza del ambiente argentino que desvaneció la bruma mística de su hogar protestante. Era desinteresado, desapegado del dinero. Era, al mismo

tiempo, indolente y viril. No fué la suya la indolencia afeminada del trópico, sino la que nace del acatamiento valiente del destino. Era edonista; creía antes en la moral del placer—entendiendo por tal la mayor intensidad de vida—que en las morales idealistas, de sistemas rígidos. Tenía en más cuidado la pulcritud de su indumentaria que el arreglo de su casa: rasgo derivado del gaucho nómada. Era en política oficialista, o, mejor dicho, escéptico. No le parecían buenos todos los gobiernos; todos le parecían malos, lo cual es lo mismo, y no creía en las reformas. Era tímido, medido de gesto, parco en palabras, enemigo del énfasis. Pero a pesar de su timidez, por distinción natural, podía alternar sin la menor violencia con el obrero y el aristócrata, cosa inconcebible si hubiera sido inglés. Apreciaba en cada mujer lo que cada una tiene de apreciable; pero sin magnificarlas. Jamás torció su rumbo ni por todas ni por una. Sin ser estrictamente «animista», veía en cuanto le rodeaba algo más que formas materiales: en todo veía un sentido y ello le hacía amar la vida. Pero amaba la vida sin ebriedad, con el amor sereno de los hijos de la llanura. Vosotros juzgaréis si era argentino.

La existencia de Hudson en Londres transcurrió casi hasta el fin al borde de la absoluta miseria. Como secretario de un hurgador de archivos que fabricaba árboles genealógicos para los americanos *snoobs*; y luego como regente de una casa de pensión en Leicester Square, debió lamentar a veces el abandono de su tierra. En cambio, aproximábase para él la compensación de la gloria. El año 76, dos después de su llegada, fatigado de su soledad, se casó con una profesora de música que le llevaba varios años y carecía de mayores atractivos. Con la responsabilidad de un hogar que mantener, se vió forzado a escribir para ganarse la vida. Pero de diez manuscritos, los editores le devolvieron nueve, y de veinte, diez y nueve, como él mismo cuenta. Sin embargo, bastaban los pocos publicados para que fuera conquistando la admiración de un pequeño grupo de esos que siempre se anticipan al gran público en el descubrimiento de los escritores.

Quienes leían y apreciaban el valor extraordinario de la prosa de Hudson, buscaban conocerle. Pero no era muy dado a trabar amistades. Solía aislarse, en su casa de pensión, en el atillo que él llamaba «mi cordillera». Sólo de tantó en tanto almorzaba con Garnett y Roberts en Whiteleys; o en el Café de París con Champion, *leader* de una huelga portuaria y ex-vendedor de mulas en el Afganistán, y con Cunningham Graham, nuestro buen amigo D. Roberto, que solía a la sazón pasearse los domingos por Rotten Row en *Pampa*, su caballito criollo, que asombraba a las gentes de Londres por la largura de sus crines y su cola.

En 1885 apareció *La tierra purpúrea que Inglaterra perdió*. Esta novela constituía pequeña parte de una obra vasta que debió titularse *Historia de la familia Lamb*. Pero Hudson publicó *Tierra purpúrea* y destruyó el resto. El año 87 aparecía su segundo libro, *Una edad de cristal*, utopía, en cierto modo inspirada en el *Erehwon*, de Samuel Butler, en la que Hudson describe, para protocolizar su fracaso, una sociedad sin pasiones.

Su pensamiento vuelve en seguida a la Argentina. Y escribe la *Ornitología argentina* y *Un naturalista en el Plata*. En estas obras aparentemente técnicas, cúmplase el propósito de Hudson: estudiar los pájaros sobre una perspec-

tiva humana. Es lo mismo que hace en los libros de ambiente inglés que les siguen: *Los pájaros en una aldea*, *La naturaleza en Downland*, *Los días de Hampshire*, *El extremo de la tierra*, *Los pájaros británicos*, *Los pájaros de Londres*, *Los pájaros y el hombre*, y por último, *Aventuras entre pájaros*. Esta enumeración de obras—aparecidas todas entre 1890 y 1910—revela, desde luego, una producción intensa. Pero implica también una acumulación de páginas de un mérito literario, anecdótico y humano que no puede sospechar quien se atenga a los títulos. Es por su género especialísimo, absolutamente nuevo, que los libros de Hudson desconcertaron al público y retardaron su fama.

Pero Hudson escribía al mismo tiempo obras estrictamente literarias. Además de la *Tierra purpúrea*, *La vida de un pastor*, *El niño perdido*, *Las mansiones verdes*, *El ombú*, *Días de holganza en la Patagonia*, *Allá lejos y hace tiempo* y algunos cuentos. De estos libros, son los de asunto argentino los que descuellan. Fuera de *Las mansiones verdes*, que es un romance admirable de los trópicos, y *La vida de un pastor*, de ambiente inglés e indiscutible belleza, es en sus obras argentinas que fúndase el prestigio de Hudson. *Tierra purpúrea*, *Allá lejos*, *Días de holganza* y *El ombú* forman una sucesión de libros cuyo valor universal ha sido ampliamente reconocido por los críticos. ¿Cuál es el mérito de estos libros?

Hudson escribió alguna vez: «Yo, como los animales inferiores, tengo una inteligencia que sólo sirve para reflejar el mundo». Y es verdad. Pero no quiso agregar, seguramente por modestia, que si los animales inferiores supieran expresar en libros sus almas candorosas, ocuparían un sitio destacado en los círculos literarios.

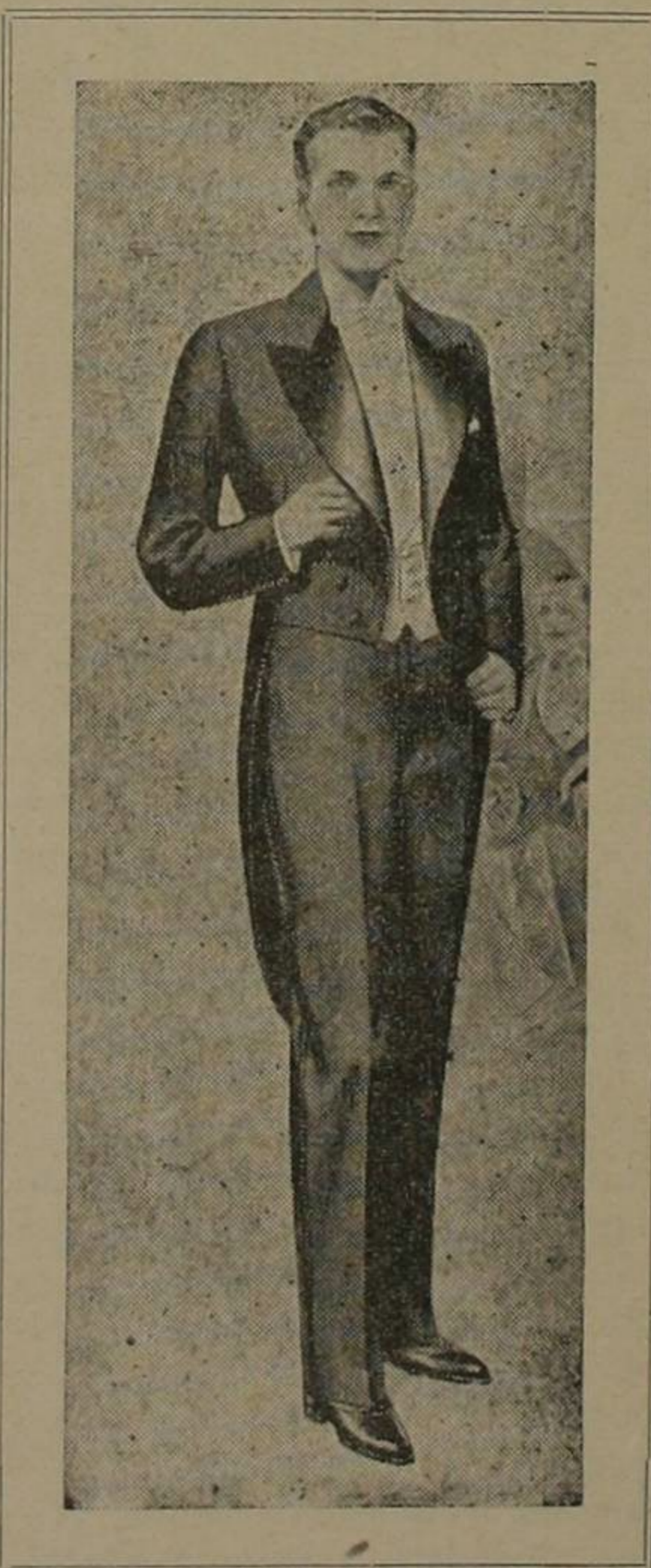
Las obras argentinas de Hudson son el reflejo de nuestra tierra. ¿Cómo logra proyectar esa imagen fiel que tantos escritores persiguen en vano? Digamos, ante todo, que su estilo es de una armonía, de una pureza, de una simplicidad perfectas. Sólo en los grandes clásicos aparece

a tal extremo disimulada la retórica. Porque este estupendo relator de la realidad dijérase que no usa imágenes, ni hace descripciones, de tal manera armoniza los elementos de la prosa. Sus libros se nos presentan como una sucesión ininterrumpida de pequeños cuentos que parecen agregados unos a otros, sin intención, a capricho. Y, sin embargo, como en *Las mil y una noches*, combínase sus cuentos en una cabal realización de arte. Es el alma gaucha que dice sus relatos para prolongar su vida, como Sherezada.

¿Cuál es el secreto de que se vale para enhebrar así una serie de episodios y de observaciones y lograr una eficacia tan extraordinaria? He leído en más de un crítico esta pregunta. Muchas de las observaciones que formula Hudson y de las anécdotas que refiere parecen insignificantes: la llegada de un mendigo, la muerte de un perro, la historia de un árbol. Pero, basta que su pluma las recoja para que adquieran interés. ¿Cuál es su secreto? Creo que el crítico que esto indaga va más allá de su misión. Los secretos como éste son indescifrables. Ni el mismo autor puede revelar el proceso creativo de su obra. En cuanto al crítico, debe contentarse con aquilatar y, a lo sumo, definir la obra creada. Galsworthy ha definido en dos palabras la obra de Hudson: «realismo romántico». Yo diría más bien: «realismo inspirado». El romanticismo es una escuela; la inspiración, un requisito esencial del arte. Y es bueno unir las palabras inspiración y realismo para recordar a muchos que es tarea inútil la de coleccionar personajes en un cuento cuando se carece de la aptitud misteriosa de infundirles vida.

No deseo continuar internándome en la selva atrayente de la crítica literaria. Ya he retenido bastante vuestra atención. Sólo un momento más pido para concretar la importancia de Hudson de un punto de vista exclusivamente argentino.

La obra de Hudson en su relación con nuestras letras, ofrece a mi entender dos valores, fundamentales: un valor histórico y un valor ejemplar.



**El traje hace al caballero
y lo caracteriza**

— y —

La Sastrería

LA COLOMBIANA

**de Francisco A. Gómez Z.
le hace el vestido**

en abonos semanales, mensuales o al contado

Hay un inmenso surtido de
casimires ingleses

Operarios competentes
para la confección de trajes

Haga una visita y se convencerá

Avenida Central, 25 varas al Este del Cometa

San José, C. R.

Teléfono 3283

El valor histórico de la obra de Hudson consiste en haberse reflejado en ella una época de nuestra vida rural que no podrá ser ya pintada por otros artistas, pues han variado muchos de sus rasgos fundamentales. Hoy puede escribirse la novela del estanciero, que es casi un veraneante, la novela de la estancia moderna, compleja, llena de contrastes, de expresiones mezcladas de argentinismo y extranjería. Esta novela puede ser una obra maestra. Puede serlo también la novela del tropero, monótona, llena de tristeza instintiva. Pero ni en una ni en otra aparecerá el tipo del estanciero de Hudson, que era al mismo tiempo dueño de la estancia, capataz y peón; en cuya personalidad admirable se unía el valor de su aristocracia castellana y de su espíritu cultivado a la reciedumbre de una vida de esfuerzo corporal, de tenacidad y de peligro. Este personaje no puede servir de modelo a los artistas contemporáneos ni futuros, porque ha desaparecido para siempre.

Pero el mérito histórico de Hudson no se reduce a esta documentación de una vida rural que se ha extinguido. De tiempo en tiempo, llega hasta los paisanos de su relato la vibración de la ciudad. El eco alargado de los sucesos históricos se extiende por la pampa. Las invasiones inglesas, la Revolución de Mayo, el caudillismo, la guerra con el Brasil, Rosas, la confederación, sus luchas con Buenos Aires, la organización nacional, son otros tantos sucesos que turban como súbitos relámpagos la noche campesina. Los paisanos los contemplan con un criterio propio. Ha sido hecha la historia argentina desde la ciudad. Alguna vez se hará desde el campo. Y el historiador que la intente pondrá los libros de Hudson sobre su mesa de trabajo. Veamos, por último, el valor ejemplar.

Al escribir libros que han atraído hacia ellos la atención del mundo, Hudson siguió un procedimiento que debe servir de ejemplo a nuestros escritores jóvenes. No ha escrito sino aquello que sabía. Por eso es que sus figuras son auténticas y tendrán perdurable vida. La libreta de apuntes no iba en vano en su bolsillo. Vedlas si no surgir de sus obras. Es don Santos Ugarte, el héroe bueno y temible de *El ombú*, que ha sido considerado por algunos, en Inglaterra, como el mejor cuento escrito en inglés. La señora criolla de Mr. Royd, el estanciero extranjero, gorda, abúllica, que vivía en su silla de hamaca, rodeada de sus criadas y distrayéndose con el cierre de su abanico. Barboza, el bravucón escudado en su fama, que no quería gastársela en peleas. Candelaria, la chica humilde, pálida y ojerosa, con sus flores de ceibo. Don Evaristo Peñalva, el estanciero patriarcal que tenía seis mujeres, de las cuales las dos menores eran hermanas y mellizas y las dos se llamaban Asunción.

Y muchos más. El Niño diablo, Marta Riquelme, Angelita, Doña Cipriana; y entre tantos personajes humanos: el animal preferido, el pájaro nuevo, la flor rara. Hudson ha demostrado hasta la evidencia que en nuestra campaña existen materiales suficientes para forjar con ellos las grandes obras de nuestras letras futuras. He oído decir más de una vez que nuestro ambiente es artísticamente pobre. Hudson es la refutación de esta teoría pesimista. En todo rincón de la naturaleza reposan los materiales del arte, como en todo bloque de piedra está la estatua perfecta.

Pero el valor artístico de esos materiales sólo nace a la vida cuando el genio los alza en su mano.

Hudson, a quienes le preguntaban por qué no había vuelto a la Argentina, solía responder así:

—No he vuelto nunca porque mi tierra se ha llenado de italianos; y los italianos son enemigos de los pájaros.

Una razón caprichosa, como veis. Es verdad que han llegado a la Argentina, felizmente, muchos italianos, pero no hay motivo para afirmar que los italianos son enemigos de los pájaros. Existe cierta rivalidad en materia de canto; nada más.

Y por eso mismo, para que nuestra tierra no pierda todo lo que tenía cuando Hudson vivió en ella es que yo desearía verle volver, en espíritu, a la pequeña estancia de los 25 Ombúes.

Un escultor argentino hará el milagro.

Cerca de Quilmes, sobre las barrancas de la costa, con un fondo sencillo de talas, de álamos y de sauces, ha de levantarse algún día el monumento a Hudson.

Será la hora del retorno. Junto a su caballo se verá la figura del escritor errante: el chambergó de alas anchas, la cabeza inclinada, los ojos rasgados de horizonte.

Volverá un día de septiembre, como el de hoy, envuelto en su pequeño poncho, como siempre volvía. El jilguero, el hornero, la calandria y los pájaros que vienen del Norte con la primavera, darán para él sus trinos y al batir alegremente sus alas en la copa del duraznero, harán caer a sus pies, como un homenaje, las pequeñas flores.

Desde ese momento Guillermo Enrique Hudson dejará de ser un escritor que perdimos.

Augusto Rodríguez Larreta

Poesías de León-Felipe

= De *Versos y oraciones de caminante*. Libro II. INSTITUTO DE LAS ESPAÑAS en los Estados Unidos. New York, 1980 =

Ofrenda

A Manuel Lourdes

Se me fué de los dedos.

El vaso cristalino purísimo y perfecto se me fué sin sentirlo de los dedos.

Ahora está aquí a mis pies deshecho en mil fragmentos.

Era toda mi hacienda. Ya no tengo con qué ofrendar al Sol.

Pero

aquí está un fragmento.

Uno de los fragmentos que han quedado esparcidos por el suelo.

Aquí está, casi imperceptible entre mis dedos;

aquí está,

Sol, yo te lo ofrezco.

Y el Sol se quebró luego en los siete colores del espectro.

No se me fué

No se me fué, que iba así.

Al ras casi de la tierra.

Iba así, lo sabe el Sol.

Lo sabe el Sol que me enseña

a disparar al cenit

y a disparar a la sierra.

Oración

A Angel Flores

A mouse in miracle enough
to stagger six trillions of infidels.

WALT WHITMAN

Señor,
yo te amo
porque juegas limpio:
Sin trampas—sin milagros—;
porque dejas que salga
paso a paso,
sin trucos—sin utopias—,
carta a carta,
sin cambiazos,
tu formidable
solitario.

Cuando andemos sin prisas

A Waldo Frank

Cuando andemos sin prisas
¡qué silencio tan grande
habrá sobre la tierra!

Ya no se oirán los perros
de nuestros pasos negros y torcidos
que se quedan aullando a nuestra espalda
en las piedras salientes y en las pozas.

Cuando andemos sin prisas
la hierba vendrá siempre a nuestras plantas
a decirnos: callad.

Sólo se oiría la risa blanca de las estrellas
persiguiendo a las sombras por todos los
caminos.

Más sencilla... más sencilla

A Jorge Portnoff

Más sencilla... más sencilla.
Sin barroquismo,
sin añadidos ni ornamentos.
Que se vean desnudos
los maderos,
desnudos
y decididamente rectos.

«Los brazos en abrazo hacia la tierra,
el ástil disparándose a los cielos».

Que no haya un solo adorno
que distraiga este gesto...
este equilibrio humano
de los dos mandamientos.
Más sencilla... más sencilla...
haz una cruz sencilla, carpintero.

Y una vez...

A Salvador Madariaga

También los poetas son tres;
siempre han sido tres.
(Tres magos y una estrella,
tres príncipes y la hija encantada
de un rey...)

Y
una vez...
—¿Otro cuento?
—Señores, no hay más que un cuento.

Y este cuento *único* no es
«un cuento sin sentido dicho por un idiota»,
este cuento es
el cuento de la buena pipa
que hay que contarle otra vez:

Tres poetas,
una estrella
y un dragón.

La estrella es siempre la misma
y el mismo es siempre el dragón,
pero los poetas: Tres.
Y tres es como tres mil,
trescientos mil
o un trillón...
(este número se mide
por el hambre del Dragón).

Aquí vino y se fué

A Enrique Díez-Canedo

Y dexas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro...
FRAY LUIS DE LEÓN

Aquí vino...
y se fué.
Vino, nos marcó nuestra tarea
y se fué.
Tal vez detrás de aquella nube
hay alguien que trabaja
lo mismo que nosotros,
y tal vez
las estrellas
no son más que ventanas encendidas
de una fábrica
donde Dios tiene que repartir
una labor también.

Aquí vino
y se fué.
Vino, llenó nuestra caja de caudales
con millones de siglos y de siglos,
nos dejó sus herramientas...
y se fué.

Él, que lo sabe todo,
sabe que estando solos
sin Dioses que nos miren
trabajamos mejor.
Detrás de tí no hay nadie. Nadie,
ni un maestro, ni un amo, ni un patrón.
Pero tuyo es el tiempo. El tiempo y esa gubia
con que Dios comenzó la Creación.

Ecce Homo

Dice
este hombre sencillo:
Antes que mi derecho
pido mi sacrificio.
Tú,
hombre elegido,
ven aquí. Sube sobre mis hombros
y ponte de puntillas
sobre mi cráneo erguido.
Después,
hombre elegido,
mi derecho
será tu sacrificio:
que me digas *honrada y claramente*
lo que has visto
subido de puntillas
sobre mi cráneo erguido.

Iré hasta el pecho duro de la sierra

A Quinciano Calzada

Iré hasta el pecho duro de la sierra.
Allí, en el pecho duro, clavaré mi piqueta
y de espaldas al Sol, piedra tras piedra
levantaré una Escuela.

Yo subiré a la cresta.
En el lomo insensible de la cresta
clavaré mi piqueta
y allí mismo, para adorar al Sol
piedra tras piedra
levantaré una Iglesia.

Yo me iré con el Sol de sierra en sierra

y de cresta en cresta
y cuando vuelva,
en un oriente nuevo
cargado de riquezas,
blanda se hará la piedra de la sierra,
y se abrirá fecunda en una cuenca
donde queden fundidos para siempre
la razón, el amor y mi experiencia.

El caso de la inversión extranjera

2.—El capital extranjero como medio de desarrollo de la riqueza y la cultura

= Envío del autor =

2.—Véase la entrega anterior.

Todos los países nuevos necesitan de capital viejo, o mejor, del capital que los países viejos han acumulado. Esta necesidad nace de que en materia de gustos, de ideología, de costumbres, las clases predominantes en los países nuevos marchan a la vanguardia, poniéndose a la altura de las civilizaciones extrañas, no solamente en materia de virtudes sino también de vicios. El progreso intelectual de una minoría influyente se obtiene muy fácilmente; pero el acopio de elemento de producción para poder satisfacer las necesidades que crea ese progreso, no. El camino para avanzar en el sendero del progreso se mira claramente, pero los medios para realizarlo—y estos medios son los capitales acumulados—no están a la mano.

Alí vemos cómo en países que están a un bajo nivel de cultura—situación que se traduce en capacidad limitada para la producción—los gobiernos ansían la construcción de modernas vías de comunicación; de acueductos, plantas hidroeléctricas, puertos y arsenales; la difusión liberal de cultura en las masas populares; la edificación de ciudades llenas de belleza, de luz y de vida; la superación constante de los medios más altos de educación en sus colegios y universidades. Estos gobiernos comprenden que por medio de todo eso sus países deben transformarse; que sus naciones han de adquirir forzosamente un elevado nivel de vida, haciéndose más fuertes y más respetables; que por ese medio no sólo se acrecienta el poder material de producir y distribuir riqueza sino mejor aún el poder espiritual para la realización de un máximo destino en el planeta. Los modernos estadistas saben que el prestigio de una nación y sus poderes integrales de vida no son solamente concomitantes con las facultades intelectuales que le aseguran factores raciales, sino también con los medios materiales para trabajar. Animados de idénticas ideas de progreso y libertad, dos pueblos iguales en la capacidad mental irán dispares en su marcha hacia el progreso si cuentan con desiguales instrumentos de lucha. Bien se puede concebir, como anteriormente anotamos, que un pueblo que

se confía a sus propias fuerzas tiene el camino abierto a la perfección entregado a sus propios recursos; pero ese avance a la perfección puede acortarse con la adquisición de los medios de lucha que pueblos más antiguos han acumulado. Pero una preparación así, que es perniciosa y costosa, ya no es posible. No estamos para perder el tiempo. La necesidad apremia. El mundo no espera al tardío. Como dice el buen Franklin, el perezoso anda tan despacio que la pobreza lo alcanza; y nosotros diremos que la ignorancia va tan lenta que la conquista le da caza.

Para la realización de esas ambiciones de progreso de parte de los gobiernos y de los pueblos en países nuevos, es menester que se eche mano del capital extranjero: que se le deje entrar, solo o acompañado por quienes han sabido acumularlo al través de los siglos. El capital que entra a un país nuevo entra esencialmente en forma de moneda. El inventor llega con el oro o la plata. Ve las posibilidades de trabajo productivo, es decir, las posibilidades de fundar una empresa capaz de participar en la plusvalía del mundo, y empieza a invertir. Compra tierras y materiales. Edifica, cultiva la tierra. Captura con astucia las fuerzas ciegas de los torrentes para convertirlos en sumisos esclavos del hombre débil y frágil. Acorta las distancias. Crea medios de transporte, de producción, de distribución. Así los ferrocarriles empiezan a tejer su gran sistema arterial. Las ciudades se renuevan como por encanto. Los campos se cambian de selvas primitivas en pacientes laboratorios de producción.

La mayor parte de ese trabajo lo realizan los hombres de esos pueblos nuevos. A cambio del oro extraño los nativos deben dar su trabajo, y lo dan con alegría, porque ese oro significa adquisición de cosas hasta ayer prohibitivas. Mientras el inventor invierte y el capital extraño se dispersa, los salarios suben y hay riqueza en circulación, como dicen los dichos familiares. Pero toda empresa, considerada parcialmente (puesto que hay también períodos de inversiones múltiples y constantes) tiene su término, y la inversión fundamental termina: entonces viene la explotación de la empresa. Si es una planta hidroeléctrica, la empresa empieza a vender electricidad, empieza a percibir los frutos. Al dar la electricidad la empresa recauda fondos, recoge dinero, y la política comercial de una buena empresa es que ese dinero pague el capital originalmente invertido y el interés correspondiente a los inversores, que pueden ser accionistas que viven en países lejanos.

La explotación aniquilante de los países nuevos empieza allí, claman los nacionalistas recalcitrantes. No. Ese apóstrofe de guerra, de exclusión nacionalista, no es verdad. El pagar lo que se debe no equivale a ser despojado. El recoger lo que se ha prestado no es robar. El empresario está sirviendo al país nuevo. Le ha dado un instrumento de producción. Esta electricidad ilumi-

INDICE

Legenda aut acquirenda

Armando Donoso: <i>Nuestros poetas. Antología chilena moderna</i>	6.00
Bernal Díaz del Castillo: <i>Conquista de la Nueva España. 2 vols, pasta</i>	16.00
Antonio Herrero: <i>Hipólito Yrigoyen</i>	3.00
Frco. Pi y Margall: <i>Las nacionalidades</i> .	5.25
María Teresa León: <i>Cuentos para soñar. 1 vol pasta. Para niños</i>	5.50
Jorge Zalamea: <i>El regreso de Eva. Ensayo de una farsa dramática</i>	2.00
Jaime Torres Bodet: <i>La educación sentimental. Novela</i>	3.00
Antón Chejov: <i>Un duelo. Novela</i>	3.75
Alberto Gerchunoff: <i>Enrique Hine. El poeta de nuestra intimidad</i>	4.00

Dirigirse al Adr. del Rep. Am

na las ciudades, mueve los tornos, elabora las manufacturas, riega la tierra, cuece los alimentos: hace mejorar la vida. Los hombres de ese país nuevo tienen un instrumento de producción superior, y como el comercio es intercambio ganancioso de productos, ese país se pone en condiciones de participar en la plusvalía mundial: puede vender lo que el mundo consume y convertirse en un exportador.

No llega hasta allí, tampoco, el beneficio trascendental de la inversión de capitales extraños. Mientras esa empresa recupera los capitales invertidos, esos dineros siguen trabajando en el país de inversión, animando el cambio y la producción, sirviendo de acicate y de estímulo a las dormidas actividades de los hombres. Esta es la maravilla que realiza el capital, mejor dicho, es la maravilla máxima que realiza el capital amonedado. Si los hombres fueran perfectos, confiados, inteligentes, no necesitarían de capital para desarrollarse. Todo se haría a base de cooperación y de crédito. Mientras unos están echando los cimientos de la empresa nueva, los otros labrarían la tierra y facilitarían la subsistencia a los trabajadores. Los agricultores darían sus granos. Los mineros sus metales. Y los mismos empeñados en la obra estarían acumulando la diferencia de sus sueldos ahorrados en la misma obra. Pero el caso es que nadie confía. Dame y te doy, es la consigna del hombre imperfecto. Estos trabajadores empeñados en la construcción nueva necesitan sus salarios íntegros para seguir trabajando. Nadie da los alimentos y los materiales al crédito. Necesítase, pues, que haya uno que acumule y que invierta su acumulación para las obras nuevas que demandan las necesidades colectivas.

Los países que abren sus puertas, en forma inteligente, a los capitales nuevos, se enriquecen. Y cuanto más inteligentes son más pronto devuelven lo que han recibido y más pronto alcanzan su autonomía económica. Si un Banco da a un agricultor inteligente dinero para labrar su tierra, este agricultor se pone a labrarla acto seguido. El dinero lo invierte en mejorar o renovar su maquinaria, en aumentar y perfeccionar sus plantaciones. Su mejora constante se traduce en mayor producción, y cuanto más produce más dinero percibe para cancelar su deuda. Después de un tiempo prudencial este hombre ha pagado cuanto debe. El queda más rico, y el Banco queda también más rico. Pero supongamos un agricultor vicioso. Al coger el dinero lo gasta en lujos innecesarios. En vez de mejorar sus plantaciones las deja abandonadas. Al poco tiempo ha gastado el dinero recibido en préstamo, y entonces tiene que ver cómo sacar de sus plantaciones abandonadas el dinero con qué pagar su deuda. Trabaja para pagarla, sin reservarse nada para el porvenir. Si una crisis llega, falta a sus compromisos y el acreedor lo ejecuta y toma por su cuenta la propiedad que ha recibido en garantía. Unos dirán que ha sido despojado. Y en verdad lo que pasa es que este hombre ha sido castigado.

Pero el hecho histórico es distinto. Los países nuevos del Continente americano se han levantado gracias a la inversión extranjera. Estados Unidos es un ejemplo vivo. Fue capital británico, holandés, francés y alemán el capital que permitió la construcción de sus maravillosas redes ferroviarias; lo que levantó sus fábricas colosales; lo que erigió fulminante sus ciudades nuevas en las llanuras y en las cordilleras; lo que acopió las fuerzas de sus cascadas y extrajo el carbón y los metales del seno de sus montañas. Concesiones tremendas fueron ofrecidas al capital extranjero para que llegase. Cada dólar se garantizó con la hipoteca, la concesión o el proteccionismo contra la competencia exterior. Al cabo de un siglo ese capital extraño ha sido pagado. La autonomía del país recuperada. La

DR. HERDOCIA
Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

nación entera, vitalizada por el nuevo instrumento de producción, se ha colocado a la altura de sus viejos acreedores y empieza a ser ella misma una acreedora del mundo.

Pero no es el ejemplo anglosajón el único que puede mencionarse. Al sur del Continente, la Argentina, Chile, Uruguay y Brasil han realizado y están realizando logros de esa naturaleza. Sus redes ferroviarias crecen. Sus carreteras se entrelazan. Sus fábricas se multiplican. Las enormes riquezas naturales de su suelo toman una forma viva para ser cambiadas en el mercado internacional. Su poderío aumenta. Hay en esos países mayor riqueza en producción y mayor riqueza en consumo: más cosas que distribuir entre el capital y el trabajo.

No solamente es el progreso material lo que se logra. También se logra el progreso espiritual, el progreso de la mente. Esos países de tan elevado coeficiente de producción cuentan con más dinero para educar a sus pueblos. El número de escuelas, de colegios, de universidades, de periódicos, de centros generales de esparcimiento y de cultura, aumenta día a día. A la vez que el poder físico de realizar un trabajo cada vez mejor, su conciencia nacional ha ido logrando amplitud, y es allí donde la democracia tiene su mejor asiento.

El progreso humano no es producto de una sola causa, resultado de un factor aislado. El progreso es como la vida: una correlación llena de unidad y de armonía. Para que haya fuerza en el pueblo debe haber vida abundante; el pan no debe ser escaso; pero ello implica la necesidad sustancial de que haya cómo producir ese pan en abundancia, de que haya oportunidad para que los hombres ejecuten su trabajo crea-

dor. Para que haya libertad, también, es menester que haya conciencia; pero esa conciencia no puede formarse en un país hambreado, miserable, sin trabajo y sin albergue.

La manera cómo la educación popular, tomada como un problema social, se concibe entre nosotros los habitantes del trópico, es curiosa. Se quiere todo, y no se ponen los medios. Ambicionamos muchas escuelas, muchas universidades, muchos libros, asilos, hospitales, periódicos. Pero olvidamos que para todo ello es imprescindible que haya dinero, que haya capital. Las construcciones espléndidas donde se alberga la juventud, cuestan dinero. Los libros cuestan dinero, y también los asilos, y los paseos públicos. No hay ya sabios que enseñen gratuitamente. Los maestros ganan dinero. Exigir la realización del progreso a base de abnegación, de heroísmo, de sacrificio propio, puede constituir una ideología elocuente y un plan de acción muy cristiano. Pero ello no es práctico. Lo inteligente en la actividad social es echar mano de los recursos existentes, de las pasiones existentes, de los móviles contemporáneos, para forcejar por la perfección constante del conglomerado humano. Hay que usar esos elementos, cabalmente para destruirlos. Pero las fuerzas que han de destruirlos, los móviles que han de tomar su puesto en el dinamismo social, solamente pueden ser creados con lo que tenemos a la mano. Por un impulso egoísta el hombre siembra, para saciar su hambre; pero al mismo tiempo se capacita para dar. Los que nada producen son los más mezquinos de los hombres. Por un impulso egoísta el árbol clava sus raíces en la tierra; succiona las substancias vitales y esparce su ramaje; pero se capacita también para dar sombra, y fruto. Porque es la ley de la vida que para dar es necesario tener; como es también una ley de la Naturaleza que para sustituir valores en el dinamismo social, para suprimirlos, mejor dicho, sin romper la armonía ni truncar la vida, es menester que esos nuevos valores sean creados con la misma eficacia de los antiguos. Para el logro de una estirpe nueva es menester que la engendre la estirpe imperfecta.

De manera, pues, que la redención económica de nuestros pueblos exige que aprovechemos las fuerzas existentes en el mundo entero. Debemos hacernos nuestro propio capital, nuestra propia técnica, nuestra propia cultura. Pero somos adolescentes y pequeños, y debemos rendir tributo a los viejos y a los fuertes.

N. Viera Altamirano

(El capítulo tercero saldrá en la entrega próxima.)

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

León-Felipe, el poeta trashumante

= De La Gaceta Literaria. Madrid. =

1.—Un libro, recién llegado de América, con el busto de la Dama de Elche en la portada, a guisa de sello editorial, rodeado por una divisa tomada de Rubén: *Sangre de Hispania fecunda*, el distintivo de las publicaciones del Instituto de las Españas en los Estados Unidos, pone de actualidad la figura de un poeta trashumante, no olvidado, de fijo, por los que siguen de cerca la evolución de la poesía española, pero sí lejano del comentario vivaz de los círculos literarios, por su existencia errante y su producción medida.

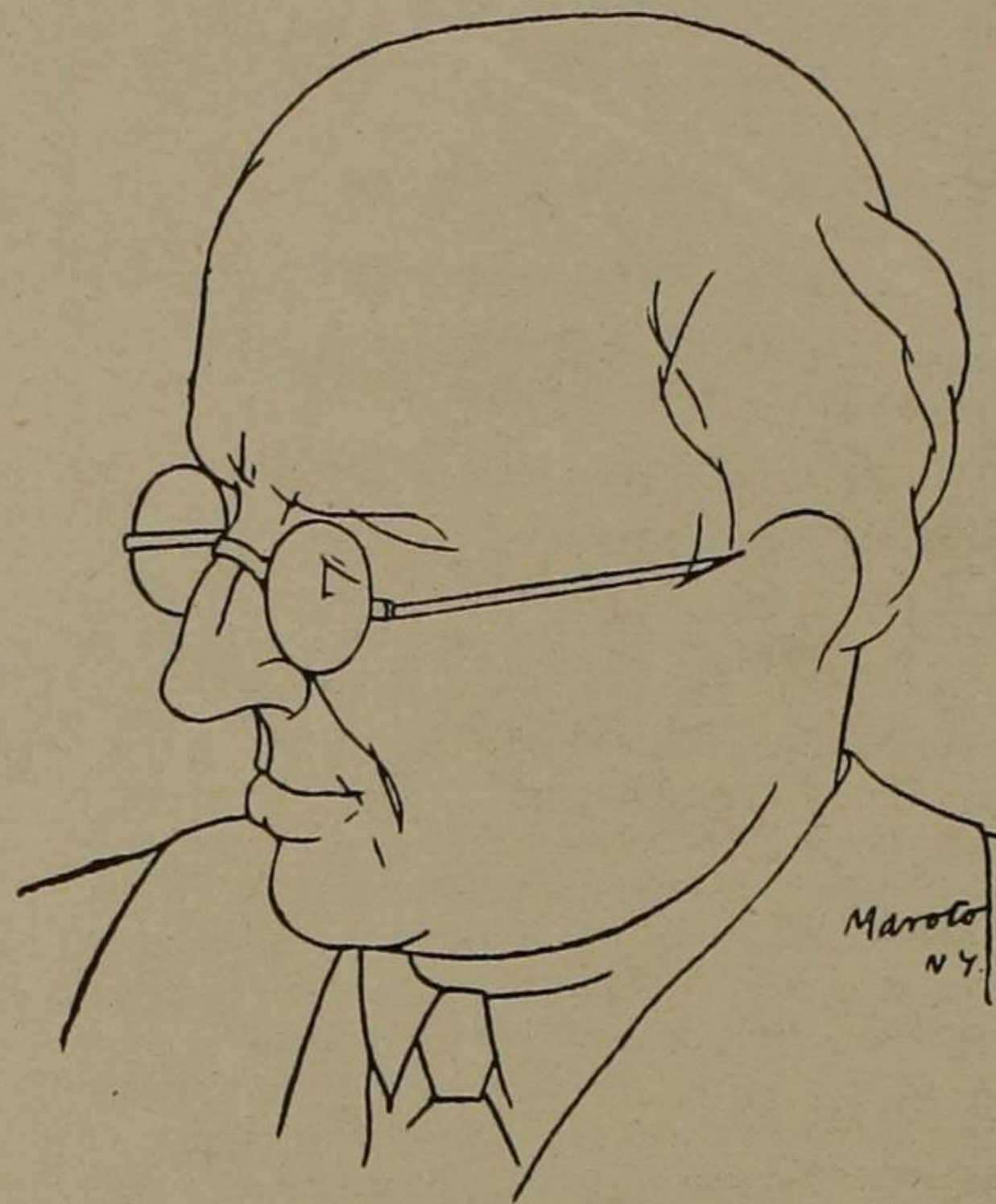
Hablo de León-Felipe, autor de unos *Versos y oraciones de caminante* que se publicaron en 1920. Hasta ahora, sólo alguna rara poesía dada a un periódico aumentó ese caudal poético antes de la nueva colección que repite el título de la primera: *Versos y oraciones de caminante*, libro II.

Aquel primer libro va unido para mí a recuerdos muy gratos. Un día, el escultor Emilio de Madariaga, muerto poco después prematuramente, cuando había dado ya en su arte muestras de sólida preparación y vigorosa personalidad, me entregó un manuscrito, versos de cierto muchacho que, pasada la primera juventud, escribía para sí mismo cosas que Madariaga creía muy interesantes. Yo guardé el manuscrito entre los papeles que llenaban mi mesa en la redacción de una revista, *España*, donde encontraron primera acogida—me complazco en hacer memoria de ello—escritores que han llegado después a mucho. Y entre aquellos papeles se quedó el manuscrito, olvidado, hasta que Emilio de Madariaga, extrañándose de mi silencio, me volvió a hablar de los versos de su amigo.

Entonces los leí de un tirón. Mis compañeros de *España* recordarán como yo que, convocando a cuantos había en la casa, les hice inmediatamente partícipes del descubrimiento, y la revista se honró publicando en seguida una selección de los que a no tardar fueron, en cuerpo de libro, los *Versos y oraciones de caminante*.

2.—Después de conseguir sin esfuerzo la parte de notoriedad que en España se otorga al que publica un buen libro de versos, León-Felipe, en lugar de insistir ante el público, fué acentuando su aislamiento. Un aire de melancolía velaba su cordialidad. Supimos que en su vida hubo más dificultades que satisfacciones. De pronto se alejó de Madrid. En práctica de su carrera facultativa se trasladó a las posesiones de la Guinea. Lo duro del clima, para un hombre que al parecer no gozaba de suma fortaleza corporal, hizo pensar a cuantos le trataban en que el viaje podía equivaler a un suicidio. Otros evocaron la fuga de Rinbaud.

Vuelto de Fernando Poo, y no más productivo en su labor literaria que antes de embarcarse, León-Felipe se alejó nuevamente de Madrid. Luego se supo que vivía en Méjico. Seis años lleva en el Nuevo Continente. Dió primero razón



León-Felipe

de sí con una excelente traducción de *La España Virgen*, de Waldo Frank. Y al cabo da a las prensas este nuevo libro poético anunciando como en preparación un tercer libro de sus *Versos y oraciones de caminante*.

León-Felipe, consagrado ahora a la enseñanza de español, tiene un puesto en la Universidad Cornell, de Ithaca (Estados Unidos). Parece providencial que su puerto de reposo lleve el nombre de la patria de Ulises. Viajero de tierras y mares, el sino del poeta parecía también marcado desde la cuna; porque su nombre completo es éste: León-Felipe Camino.

3.—Unas palabras que pronunció en el Ateneo de Madrid al dar lectura de su primer libro, antes de publicarlo, y que luego hizo servir de prólogo, declaraban la profesión de solitario, aceptada o elegida por el poeta: «Mi voz es opaca y sin brillo, y vale poca cosa para reforzar un coro. Sin embargo, me sirve muy bien para rezar yo solo bajo el cielo azul...»

El caminante va devanando la madeja de sus soledades, de sus ansias de eternidad; canta la monotonía de las horas, el retorno constante de las cosas, iguales siempre a sí mismas. En el fondo se le advierte una dolorosa indiferencia. Su propio andar, no le importa a dónde pueda conducirlo; ya le llevará un viento fuerte. No quiere desentenderse de

Enrique Díez-Canedo



los hombres, hermanos suyos; aspira a que todos despeguen su alma de lo mezquino y suban «hasta el canto de las estrellas». Aspira a dejar en ellos la emoción de su poesía, sin expresarla casi, quitando a su verso

... los caireles de la rima,
el metro, la cadencia,
y hasta la idea misma...
Aventad las palabras...
y si después queda algo todavía,
eso,
será la poesía.

Los «prólogos», de donde están tomados los versos que se citan, constituyen una especie de arte poética en que la palabra «arte» se despoja de su significación:

Quiero
que el arte siempre
me guarde su secreto...

La aspiración a una poesía «sin arte» no es exclusiva de León-Felipe y convergen en una de las tendencias generales de la poesía moderna. El más alto poeta, sin embargo, no es el que se emociona, solitario y mudo, ante un espectáculo natural, sino el que logra comunicar su emoción a los que no supieron sentirla. No es el arte lo que cansa, sino su bajo empleo.

El de León-Felipe huye de toda afectación, aunque quizá bordee la de la sencillez. Le vemos diluir un endecasílabo o un octosílabo en varios versos cortos, pero apenas esto nos parece artificio, porque es manifiesto propósito de quitar engolamiento, solemnidad, penacho a los metros usuales. Sus influencias no pueden ser más nobles: aquí y allá, Unamuno, Machado, Giménez.

Y en el libro II, recién aparecido, otra influencia más fuerte: Whitman. Pero el viejo poeta encuentra ya formada la personalidad del nuevo, y no lo anula. Le da un aliento humano más hondo, le agranda la voz, le ensancha los horizontes.

Una solidaridad humana, una religiosidad sin fanatismo, una aceptación de la suerte, una confianza en Dios, expresada en imágenes calientes de vida vivida, son ahora el alma de la voz del poeta:

Señor,
yo te amo
porque juegas limpio:
Sin trampas—sin milagros—;
porque dejas que salga
paso a paso,
sin trucos—sin utopías—,
carta a carta,
sin cambiazos,
tu formidable
solitario.

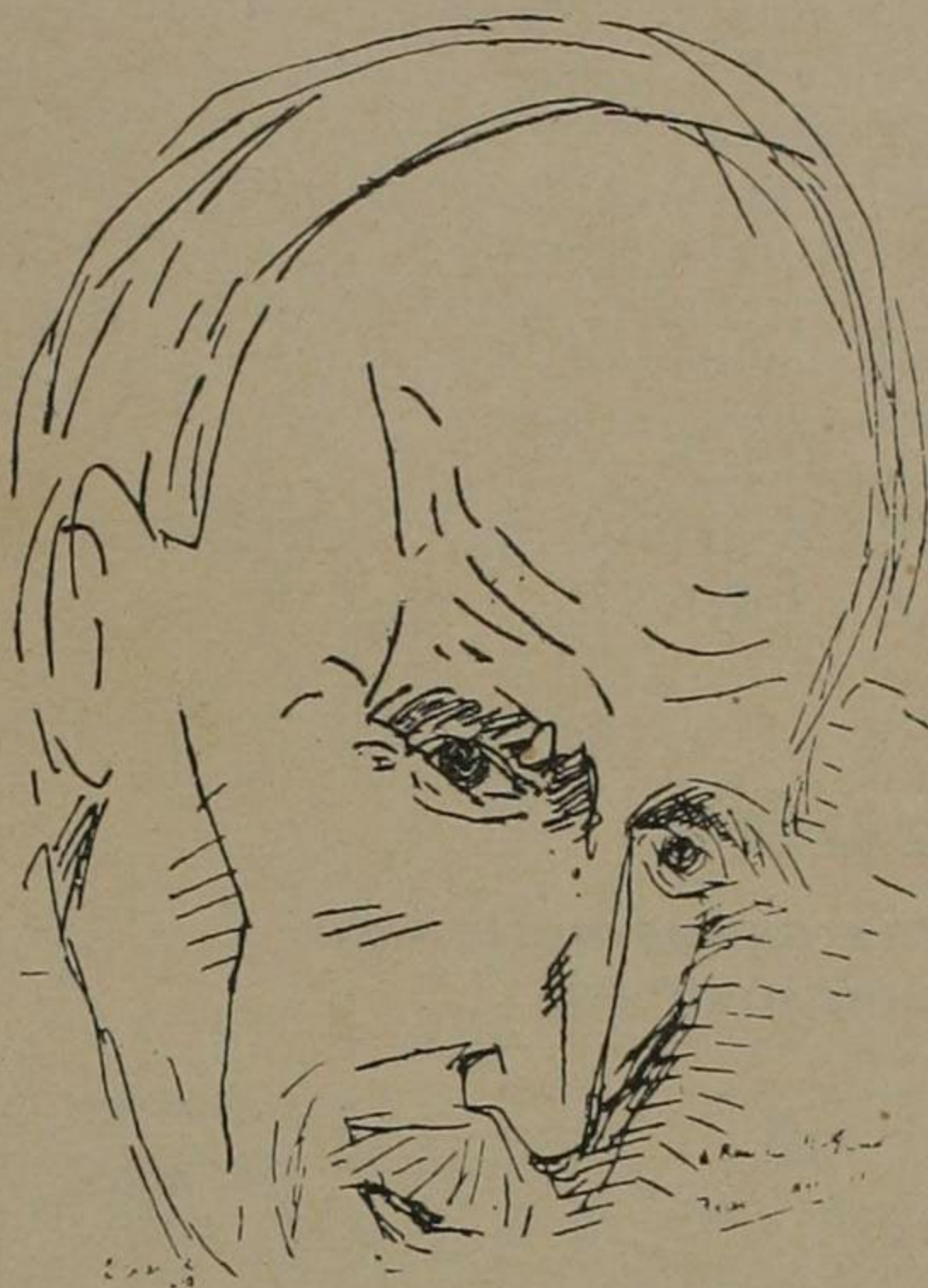
Y, con todo, el mismo aire de confianza a media voz del primer libro, el sereno ritmo vital del pulso en las sienas, y en el fondo, la misma inquietud que mueve a andar, pero a andar ya seguro de su fin, y sin prisas.

Lo que opina Romain Rolland sobre los destinos de la América Latina

= Envío del autor =

Romain Rolland ha formulado para el gran diario *Crítica* de Buenos Aires las más optimistas opiniones sobre la América Latina. Para el ilustre escritor francés nuestros pueblos tienen la misión histórica de realizar la unión entre el espíritu de Asia y el de Europa. Tesis y antítesis del mundo viejo,—de las que los Estados Unidos no son sino una prolongación,— sólo hallarán su síntesis en la América Latina. El autor de la vida de Gandhi no cree posible la conciliación de Asia y Europa sino en las anchas tierras de nuestra América. Para Romain Rolland nuestros países no son sino una gran nación o una gran fusión de naciones. Sus divisiones actuales, sus luchas internas, sus malos gobiernos, sus hombres dirigentes sin visión continental, no constituyen fuerzas permanentes en la América Latina. Más hondo, ve Romain Rolland el surgimiento vigoroso de un pueblo joven cuyo espíritu renovador le sorprende. De sus palabras se descubre que Romain Rolland entrevé en el futuro de la América Latina una tarea y una misión humanas verdaderamente extraordinarias. Cree y dice que el castellano, debe ser el idioma universal. Le parece que nuestra lengua, libertada de la inquisición inadmisibles de la Academia, enriquecido por las ricas lenguas indígenas y por el verterse y fundirse de otros idiomas, será el mejor vínculo de comunicación entre los hombres. Para Romain Rolland, ni Asia ni Europa, ni los Estados Unidos, podrán señalar al mundo un camino seguro. Es a la América Latina, unida, vasta, generosa y renovadora, a la que corresponde ese glorioso destino.

La opinión de un hombre de la categoría de Romain Rolland tiene especial importancia. Quizá pueda tacharse de excesivamente optimista. Es casi seguro que ha de ser en nuestros propios pueblos donde las palabras del gran proscrito francés causen mayor sorpresa. Es en nuestros propios países donde menos se suele ver nuestro destino. Nuestras transitorias desventuras, nuestras limitaciones, nuestra ignorancia oficial, nuestros patriotismos circunscritos, son los mayores obstáculos para que podamos mirar más lejos. En la América Latina hemos *construido* ya una literatura de escepticismo. Los hombres-cumbres de nuestra política, de nuestra diplomacia, de nuestra sapiencia oficial actuales, no nos dan sino voces derrotistas. ¿Quién no ha leído por ahí los artículos enfáticos de algún intelectual con casaca plenipotenciaria que declara que el ideal bolivariano de la unión latinoamericana está definitivamente perdido? ¿Quién no ha escuchado en la oratoria patriótica de éste o aquél país latinoamericano, las voces demagógicas de tal o cual político que proclama que «en nombre de la patria» hay que abandonar toda idea de solidaridad con los demás pueblos hermanos? Vivo tengo el recuerdo de haber leído en un diario de México, dos o tres años atrás, el artículo altisonante de un escritor no mexicano



Romain Rolland

que creía halagar un sentimentalismo restringido de patriotería que en México por fortuna no existe, declarando que «México debía mantenerse aislado de los demás países latinoamericanos y pensar sólo en México». Estas manifestaciones de desorientación y de miopía son frecuentes en nuestros pueblos y son frecuentes en nuestros intelectuales. O nos perdemos en una vaga y lírica declamación de fraternidades fulminantes o caemos en los localismos más restringidos. Y no se diga que esa literatura endeble sea arrogante eclosión en nuestros países más fuertes. En la República Argentina por ejemplo, — que razones sobradas tiene para sentirse capaz de aislamiento, — no faltan representantes de la tesis reaccionaria del «Argentinien über alles,» — el señor Lugones por ejemplo, — pero pocos o ningún país latinoamericano cuenta con una generación joven y con un pueblo más capaz de sentirse parte de nuestra América que la República Argentina. En pocos países de los nuestros, un hijo de cualquiera de los otros se sentirá tan en su tierra como en la Argentina. Por cada «porteño» señorito y patriótico, arrogante y antipático, de aquellos que en todas partes y en especial en Europa dan una idea tan mala como falsa de los argentinos, no faltarán mil hombres de esa tierra, hospitalarios y generosos que harán sentir al receloso latinoamericano de otras latitudes como país propio al país del Plata.

Son los países más pequeños, los más aislados por los prejuicios y por el desgobierno político,—o los más sometidos a la propaganda Panamericanista,— que implica aislamiento de los pueblos latinoamericanos entre sí y unión de cada uno con los Estados Unidos,—donde más se siente el aislamiento y la desconfianza, el localismo y la patriotería. Quien haya

pasado por Centroamérica, conoce cuánta verdad entraña este aserto. Con excepción de Costa Rica, en el resto de los países centroamericanos existe una propaganda oficial de la más subalterna patriotería. Recuerdo que en un libro de historia patria de El Salvador se menciona con grandísimo orgullo la «victoria» de las armas nacionales contra la invasión de los mexicanos. «Los mexicanos» fueron los soldados de Iturbide. Pero para conmemorar la «victoria» Mexicanos se llama un pueblecito cercano a la capital de la diminuta República. Es allí mismo, donde el héroe guatemalteco Barrios, que luchó por la unión centroamericana y murió sobre el campo, es considerado como enemigo. Y es en Guatemala donde, con motivo de las divisiones con Honduras,—movidas por grandes empresas norteamericanas,—el oficialismo exasperó la demagogia localista sugiriendo la necesidad de una unión con los Estados Unidos para acabar con el vecino «enemigo».

Por fortuna, en los países mayores de la América Latina el patriotismo ha fracasado. Y ha fracasado,—y esto lo sabemos bien quienes hemos vivido en el Perú o en Chile para mencionar dos ejemplos incomparables—, por voluntad de los pueblos antes que por acto de los gobiernos. Las rivalidades nacionales en la América del Sur han caído en descrédito. Pero en descrédito de abajo arriba. Oía yo que los gobiernos de Bolivia y el Paraguay realizaron hace un año y más, esfuerzos violentísimos para exaltar a las masas de un país contra el otro. Oro y literatura se usaron sin límite. Pero uno y otro fracasaron. Y en esto, tuvo mucho que hacer la fuerte resistencia del pueblo argentino que obligó a su gobierno a realizar una gestión eficazísima que las agencias telegráficas de Nueva York empequeñecieron porque convenía exaltar la misión angélica de Paz del gobierno de Washington.

Hay que conceder razón a Romain Rolland cuando cree que todo lo que hoy nos divide es transitorio y que a esta generación de «ilustres patriotas» que siembran y cultivan cizaña, sucederá otra de más amplia y alta visión que vislumbre el destino excelso de la América. Romain Rolland ve claro que necesitamos tiempo y hombres. Otros tiempos y otros hombres, que vendrán. Cuando se refiere a nuestro idioma Romain Rolland parece decir que mientras miremos a la Madre España con la mano sobre el pecho y los ojos en blanco, no tendremos idioma, el nuestro, el que Romain Rolland cree que ha de ser el idioma del mundo. Y en esto, hay que confesar que muchos somos los que estamos de acuerdo con Romain Rolland. El primer paso de la América Latina hacia su destino de libertad, es sentirse libre, totalmente libre, y unida, totalmente unida. No podemos sentirnos libres sin sentirnos fuertes y no seremos nunca fuertes mientras no seamos grandes, por extensión, por vastedad que en América Latina, implica riqueza, pobla-

ción, espíritu integral, inalienables factores de grandeza.

Y eso vendrá. Romain Rolland, desde su punto de vista, avizora en la América Latina la síntesis de dos mundos. Acepta que por lo pronto el mundo entero tendrá que luchar contra el predominio anglo-sajón. Pero él cree ver en el poder de los Estados Unidos un blanco cada vez más grande y más concitador de las iras del viejo mundo. Sus opiniones sobre la América Latina parecen saltar por sobre las proximidades de la catástrofe que la humanidad es-

pera por ahora. La lucha entre Europa y los Estados Unidos le parece posible, precedida por la guerra en Europa misma que, según dice, parece tender a circunscribirse en su primera etapa a Italia y Francia. Luego arderá el continente. Cuando el capitalismo se devore o se enfrente al Asia en el último capítulo de la lucha, surgirá la América Latina y descubrirá su destino universal... ¿Profecía optimista? ¿Ensueño? De todas formas, algo que nos interesa por venir de quien viene.

Haya de la Torre

Berlin, junio de 1930.

Estampas

Dos amables teorizantes saxoamericanos acerca de los empréstitos

= Colaboración directa =

Es muy interesante conocer lo que ciertos hombres de los Estados Unidos teorizan acerca de los empréstitos, porque a menudo las buenas ideas no los abandonan. Cuando esos hombres hablan puramente en teoría, usan una severidad que llama la atención para condenar los males del oro derramado en forma de empréstitos. Quieren implantar principios de justicia y de decoro. Es cierto que parten de la afirmación de que estos países especialmente, carecen de capacidad administrativa. Pero con todo y arrogarse ellos la función de ordenadores, revelan verdades de sumo interés.

Volvamos a Mr. Hoover, el Secretario de Comercio, de quien dimos su parecer rotundo del fin productivo de los empréstitos. Como parte de ese mismo parecer expuso estas ideas: «De la riqueza y altos *standards* de vida debe nacer la capacidad para pagar el capital (los empréstitos) junto con la ganancia neta al país que empresta. Todo otro curso en la acción crea obligaciones de pago imposible, excepto por una sustracción directa del *standard* de vida del país que tomó prestado y el empobrecimiento de su pueblo. En suma, si las naciones aceptaran este principio, es decir, si las naciones dieran al traste con los préstamos de dinero destinados a balancear presupuestos con fines militares o guerreros, y hasta el tipo de obras públicas que no trae un fin productivo directo o indirecto, el mundo entero se colmaría de beneficios». En teoría están condenados los empréstitos que no van a tener un fin productivo. Parecieran animados los teorizantes de un espíritu bondadoso. En lo que se refiere a la América Hispana han observado el tonel sin fondo en que se sumen todos los empréstitos. Ningún país de estos ha obtenido del oro prestado otra cosa que maldiciones. Por esto conviene pensar en algo diferente y para imponer la nueva conducta es que teorizan los hombres del Norte.

Mas todo empeño no va más allá de la teoría. Cuando la realidad les dice que su nación crece y que limitarle la expansión es torpeza o puerilidad, abaten

sus voces y no hay más ánimos para matar iniquidades. Los empréstitos dan a los Estados Unidos un poder asombroso sobre nuestra América. No se les dan otros fines que los de la conquista económica, porque tras ésta va la política. Mientras puedan ellos exigir garantías perdurables, sueltan los banqueros cuanto oro sea menester. El fin de ese oro no es cosa que preocupe. Saben que somos dilapidadores, y pronto a un empréstito sucede otro.

Los teorizantes norteamericanos llevan al dedillo las sumas que se nos da y comentan con desdén que a Bolivia para ejército y pago de deudas, se le dieran setenta millones de dólares; que a Colombia para caminos y ferrocarriles que han quedado inconclusos, le entregarán doscientos millones; que a Cuba, burlando la enmienda Platt, le dieran setenta millones para dejar inconcluso un boulevard. Suman y le echan a la América la losa de mil millones de dólares consumidos sin provecho.

Esa losa es aplastante y como puede seguir creciendo su volumen, sugieren en teoría otra conducta para los empréstitos. Jackson Reed, a quien *The New York Times* presenta como un personaje de reconocida autoridad en asuntos de Hispano América, es uno de esos amables teorizantes. Pretende que los empréstitos deben ser higienizados y sugiere tres principios: 1.—El fin del empréstito debe ser constructivo y de acuerdo con un programa de desarrollo económico adecuadamente planeado. 2.—El dinero debe ser pagado directamente por los banqueros a la firma constructora o de ingenieros encargada de la obra, a fin de impedir la disipación de fondos que parece casi inevitable bajo la administración de los gobiernos. 3.—La seguridad de las garantías que respaldan el empréstito han de ser adecuadas y suficientemente seguras en su cobro para proteger los intereses de los inversionistas.

Son tres principios en teoría, pero uno en la realidad. De todos el único cierto es el último. Las garantías es lo primordial en los empréstitos hechos por ban-

queros norteamericanos a los países de Hispano América. ¿Para qué utilizar en cuanto a convertir los empréstitos en fuente de prosperidad y libertad económica para estas patrias? En el fondo lo que se realiza es una compra, o para usar el lenguaje abogadil, una compraventa. Los banqueros yanquis quieren yacimientos de petróleo, fuerzas hidráulicas, minas, tierras, ferrocarriles, muelles, todos los recursos económicos de nuestros países que puedan sustentar la expansión imperialista de su nación; pues a dar el empréstito. Si encuentran con gobiernos escrupulosos, que es caso excepcional, retardan la compra. Pero allí en donde pueden penetrar la impudicia de sátrapas y menguados, todo lo van reduciendo a propiedad exclusiva de ellos. ¿Qué acaban de hacer en el Perú en los diez años de satrapía? Ya *The New Republic* dió la cifra monstruosa de ciento cuatro millones de dólares como aumento de la deuda exterior. Ahora *The Nation* nos cuenta cuáles fueron las garantías que siguieron a suma tan monstruosa: «Para garantizar los empréstitos americanos tenía que dar garantías a los banqueros. Consistían esas «garantías» en poner en manos de los americanos importantes ramas de la administración del Perú. Así los americanos administraban los servicios de aduanas; una misión americana estaba al frente del ejército y la marina peruanos; una misión americana, actuando en beneficio del gobierno peruano, administraba la recolección de impuestos; un experto financiero americano hacía el presupuesto peruano; la legislación relacionada con los campos petrolíferos y las minas de cobre y su explotación, se dió para favorecer a las compañías extranjeras con detrimento de los peruanos».

¿Qué son entonces los empréstitos, estos empréstitos que entran a saco en nuestros países y arrollan con todos sus recursos económicos? Son medios de conquista. Jamás estos países, desorganizados como viven, podrán rescatar lo que entregan a los banqueros norteamericanos. Los Estados Unidos nos atribuyen todo género de desdichas e incapacidades para administrar lo que tenemos, pero ese decir no es nada más que la justificación del dominio que ejercen. Los que allá teorizan buscándole empleo fecundo a los empréstitos, no pueden desconocer la tenacidad con que los banqueros fomentan la corrupción de los gobiernos. No pueden desconocer tampoco la tolerancia con que el Gobierno de los Estados Unidos favorece ese aliento corruptor. Es que la realidad precisa traerla siempre que se quiere teorizar. A los empréstitos no pueden atribuírseles fines redentores. Son medios infernales y todo el que se empeñe en desconocer esta verdad es un bobo o un malvado. Hoover, de Secretario de Comercio, puede señalar como iniquidad la entrega de dineros a gobiernos que van a dilapidarlos. Pero de Presidente de su nación, nada hará por convertir en azote de los banqueros su teoría de los empréstitos fecundadores de empresas grandiosas. El crecimiento de su nación le dice que lo ideal sucumbe, los principios de justicia y de deco-

ro en el trato con estas naciones dispersas, para dar fundamento a la inmensa realidad de la expansión imperialista de los Estados Unidos.

Mas, si teoría es el empeño sincero por despojar a los empréstitos de su fuerza imperialista, oscura y menguada, inspírense en ella todos los que en nuestras patrias aspiran a algo diferente que el vasallaje. Esa teoría nos debe enseñar a ser precavidos, a librarnos de

los empréstitos, que son la compra a corto plazo de entrega de nuestros recursos económicos y con ellos, nuestra soberanía política. ¿Con qué riquezas pagarán nuestros gobiernos las enormes sumas empréstitadas para tanto menester improductivo? ¿Como hará el Perú, por ejemplo, para librarse de la deuda tremenda que le deja la satrapía, si sus

Juan del Camino

Cartago y octubre del 30.

recursos están enajenados al extranjero? ¿Cómo harán cada uno de estos países para no sucumbir a los banqueros apoyados por la marinería de los Estados Unidos?

Acojámonos a la teoría de los que en el Norte quieren librar a los empréstitos de su satanismo, porque haciéndolo valientemente y con visión, salvamos la independencia para las generaciones de lo porvenir.

Después de la *Tierra del Faisán y del Venado*—Buenos Aires, 1922—libro de evocación y de entendimiento frente al misterio del Yucatán antiguo, es la traducción del código de *Chumayel*—San José de Costa Rica, 1930—la segunda aportación valiosa que hace Antonio Mediz Bolio al arte y a la ciencia relacionados con la civilización maya. El primer libro ha sido más leído que juzgado; el segundo, de menor inmediata significación poética, responde a un sentido más profundo, más trascendental: en él queda ordenada la expresión verbal de semianónimos indios ilustrados del tiempo viejo. Acerca del trabajo de Mediz Bolio como traductor, el mayista Alfredo Barrera prepara unas apostillas que al mismo tiempo que confirman el mérito de aquél, proyectan nuevas luces sobre los pasajes de interpretación dudosa. Las notas del Señor Barrera son demasiado extensas y minuciosas para permitir una anticipación de ellas en este lugar.

Es significativa esta penetración del espíritu maya que viene realizando Mediz Bolio. Su actitud frente al Mayab no tiene la frialdad del hombre de ciencia que se interesa por aquello que solicita—dentro de su afición—el concurso de su entendimiento. Tampoco tiene la facilidad lírica del *dilettanti*. Su actitud es más humana: responde al impulso de una nueva sensibilidad cuyo poso racial aún no es estudiado con detenimiento. Bastante de eso ha entrevisto Alfonso Reyes en el prólogo que escribe a la *Tierra del Faisán y del Venado*. Con el tiempo han de ser fecundas sus observaciones acerca del sentido de esta literatura que busca, no de frente sino de perfil a las razas en debate, la clave de eso que deberá llamarse *alma nacional*. Esa sensibilidad nueva—que es derivación de la cultura criolla que Samuel Ramos empieza a explorar con método científico—se encuentra en dosis mal repartida en la extensa zona del suelo patrio. Yucatán, sin embargo, acusa una de las gradaciones más altas a este respecto. De ahí que su mentalidad criolla florezca como en ninguna otra región de la Nueva España.

D. José Ignacio Mañé en su *Monografía de los Montejos* anota

finas observaciones acerca de la realidad histórica de la Conquista de Yucatán, cuyo estudio, aunque sea somero, es pertinente en esta nota dedicada a la consideración de la obra de Mediz Bolio. Fue

la conquista de Yucatán distinta, por muchas circunstancias, de las otras que se realizaron en la región del Anáhuac. Tuvo, entre otras, las siguientes características: a) careció de la alianza de tribus indias

El código de Chumayel

= De Contemporáneos. México. D. F. =



Disponemos de 50 ejemplares de esta notable obra. 25 en edición económica para Costa Rica, a ₡ 5.00 el ejpr. Y 25 en edición lujosa para el exterior, a \$ 2.50 oro am., que pueden remitirse en forma de giro bancario o postal. Libre de porte, se remitirá la obra a quien la solicite.

Lo que se recoja por medio del *Rep. Am.* lo ha destinado el generoso Sr. Médiz Bolio como contribución suya para la compra de la casa a la viuda e hijos de Omar Dengo.

Sumario de la obra:

Libro de los Linajes. *Kah-lay* de la Conquista. Katún. Libro de las Pruebas. Libro de los antiguos dioses. Libro de los Espíritus El trece Ahau Katún. Libro del principio de los Itzáes. Libro del Mes. El Katún de la Flor. El libro de los Enigmas. La Rueda de los Katunes. Libro de la serie de los Katunes. *Kah-lay* de los Dzules. Libro del Vaticinio de los Trece Katunes. Libro de las Prefecías.—Acotaciones finales. Apéndice. Los días del mes Maya. Interpretación de los nombres de los veinte días de la Serie Maya. Vocabulario. Algunas palabras del Texto Maya de especial interpretación. Las *Epocas Mayas* (M. S. de Maní). Notas al texto de Las *Epocas Mayas*. Resumen y comentario de las *Epocas Mayas*. Erratas importantes. Índice.

en sus trabajos de exploración y guerra; b) después de las luchas de ocupación, celebró tratados de paz y concordia con los grupos vencidos; c) la calidad social de sus hombres blancos fue superior a la de los otros grupos ocupados en actividades similares en el resto del país; d) sus hombres no estaban impulsados ciegamente por la sed del oro puesto que Yucatán, como era bien notorio desde entonces, carecía de minas y de ríos auríferos. En estas circunstancias se realizó la conquista de Yucatán; de ahí que ni el sentido político ni el guerrero pudieran prosperar. El político porque hubo un prematuro estancamiento en la fusión de las dos razas: el indio quedó reducido al predio de sus tierras, y el blanco limitado al usufructo de las ciudades. El intermedio semiurbano lo vino a ocupar con el tiempo el mestizo. Tácitamente se creó así una especie de sistema medioeval de castas. La propia guerra de 47—llamada de *castas* precisamente—no surgió de dificultades económicas sino del desequilibrio que provocó la casta blanca al verse, sin pleno derecho, sobre el campo, atropellando así el círculo de la función política de la casta india. Con el repliegue del blanco a la ciudad el indio se consideró satisfecho y la guerra terminó. Por eso la Revolución actual ha tenido que inventar, por medio del liderismo de partido, una serie de dificultades sociológico-económicas para justificar su actuación delante de la casta india. Sin proponérselo ha recurrido al procedimiento clásico de la agrupación *unilateral* del elemento trabajador — artesanos, campesinos, etc.—Así inventó las agrupaciones que hoy se llaman *ligas*. Estas *ligas* no son otra cosa sino la transformación de los antiguos *gremios* que venían funcionando con casi idéntica legislación desde el siglo xvii. Su objeto principal consiste en resistir la agresión latente del *capital blanco*, como ayer los *gremios* regulaban la balanza del *hombre blanco*. En ellas fue substituida la derivación *religiosa* por la derivación *política*: dos actividades accidentales y extrañas a su objeto.

El sentido guerrero, en su capacidad de *lucha hacia el exterior* tampoco predominó. El maya no

sabe pelear en tierras alejadas de sus lares. Este es un hecho demostrado. Los contingentes de sangre que, contra lo pactado en la incorporación de Yucatán a la federación mexicana, algunos gobiernos locales han aportado, no han podido subsistir más allá de la región de la Huasteca. El clima, la nostalgia de la tierra, el cambio de alimentación, el desarraigo violento, acaba por vencer al indio. (Contraria actitud de las tribus yaquis, por ejemplo, cuya templanza guerrera les permite actuar con buen éxito tanto en la sierra propia como en las llanuras alejadas de sus predios).

Sobre la negación de estos sentidos ha quedado una apetencia trascendente: la teológica. Esa apetencia teológica que es distinta, por circunstancias, en el indio, en el meztizo y en el blanco, se identifica en los tres por medio del gusto por la tradición. La tradi-

ción en Yucatán deja de ser por esto una postura romántica—concepto de las clases liberales del centro, en donde el hombre es inferior a la naturaleza—es decir deja de ser un rebasamiento de la realidad histórica y se transforma en una manifestación clásica puesto que responde a una acción real del hombre, dentro de su posibilidad viva, frente al concepto del mundo exterior y metafísico que le rodea. Esta tradición se expresa en el indio por medio de la nueva teogonía moral que ha tomado del blanco; en el blanco por medio de las costumbres castizas que trae de abolengo y del ejercicio de las leyendas que toma del indio. En esta penetración de los valores más puros de ambas razas es claro que interviene como factor poderoso el conocimiento de la lengua. Yucatán se hizo desde los

primeros años de la Conquista una región bilingüe. Hecho extraño que no se repite en ninguna otra región del país.

En el código de *Chumayel* abundan los pasajes en los que se relata la intromisión en el indio de la ética religiosa del blanco, y aparece también el modo cómo se iba filtrando, en el español, el poder legendario del indio. La fusión de estas dos tendencias algunas veces se muestra dolorosa, nunca estéril. Su transformación es la que aun hoy podemos presenciar: el indio maneja la teogonía extranjera católica en cuanto ésta significa tan sólo un nuevo y mejor valor ético para su vida; el blanco, a su vez, ha hecho suya la fábula india, como un regalo para su espíritu, y la vive con lengua y con sensibilidad propias.

De este nuevo mundo criollo so-

cial y estético han surgido los libros mayistas de Mediz Bolio. En su espíritu están maduras aquellas corrientes indohispánicas. Él, como ningún otro escritor antes, las ha sabido interpretar y mejorar. En la *Tierra del Faisán y del Venado* hay como un hálito de penetrante expresión del encanto de aquella gracia añeja del pueblo maya; en el Código de *Chumayel*—traducción que ha requerido años de paciente y sabia elaboración—palpita el sentido filosófico ya amalgamado de las dos razas. En la traducción del *Chumayel*—el poeta ha ido más allá de la simple evocación lírica, ha llenado los lugares vacíos con su interpretación culta. Por todo esto el libro de *Chumayel* que hoy presenta en limpio castellano Médez Bolio, será uno de los libros clásicos de la literatura criolla con que contribuye México al conocimiento de la formación de la cultura de América.

E. A b r e u G ó m e z

La piedra de Bolívar

= De *El Tiempo*. Bogotá. =

Señor Dr. don Carlos E. Restrepo.—Pte.

Mi querido doctor:

Usted excusará que no privadamente sino en público le trate de un asunto público. Es algo muy hermoso y al propio tiempo sencillo: una de las tantas maneras de honrar al Libertador con motivo del centenario de su muerte.

Los señores Ricardo Vanegas, Adolfo Olmo y Moisés de Lima, hermanos míos en Hiram y en Bolívar, acaban de proponer en Venezuela la creación de una ciudadela, costada por todas las naciones bolivarianas, en los terrenos de San Pedro Alejandrino. La quinta actual serviría de núcleo. En sus habitaciones deberían reunirse los representantes de aquéllas, en caso de conflicto, a discutir serenamente sus diferencias, al amparo del recuerdo del padre común. Qué linda idea! De ese núcleo partirían avenidas, que llevarían los nombres de las repúblicas que a él deben la existencia, hacia los muros de la ciudadela. Y dentro de ella se construirían salones de recepción, biblioteca, museo, bustos de los próceres, cuanto fuere necesario. El lugar sagrado donde exhaló el genio su último suspiro quedaría así convertido en algo de soberana atracción, no solamente para los nacionales de estas repúblicas sino para los extranjeros. Si el proyecto toma forma, ya vendrá la invitación y entonces sabremos cómo haremos para convertirnos en fenómenos en materia de lances a la crisis.

Por el momento yo no quiero llamar la atención de usted sino a un proyecto realizable en medio de la crisis más aguda, que tendría además la ventaja de mantener más vivo el recuerdo de Bolívar en la nación entera. Supongo que usted tendrá conocimiento de la obra benedictina del coronel Dousdebés, quien tiene escrito el itinerario preciso del Libertador a lo largo de su estupenda ca-

rrera. Es extraordinariamente fácil llevar a cabo la idea preciosa que a él se le ha ocurrido, y acerca de la cual escribió don Jorge Wills Pradilla un artículo que merece ser reproducido en todos los diarios de Colombia, pues no se trata sino de que en cada uno de los municipios por donde pasó el Libertador se grave en una piedra adecuada la fecha de llegada o de salida, con una leyenda sobria y uniforme, que acredite ese hecho y muestre por medio de una flecha la dirección que tomó. Trescientos, de los mil y tantos que tuvieron la dicha de aclamarlo, se hallan en Colombia. Y el coronel Dousdebés puede indicarle a cada uno cuál es la fecha que debe inscribirse en la piedra que marcará una etapa del itinerario inmortal.

He pensado que nada contribuiría tanto a la realización del pensamiento magnífico como una circular de usted a los gobernadores, para que se enteren de si existe en cada uno de los municipios que les correspondan el hombre capaz de tallar en la piedra la inscripción memoriosa. Serviría también para despertar el entusiasmo en esos municipios, en cada uno de los cuales harían los vecinos con el mayor placer el pequeño gasto que el homenaje demanda. Yo creo que el coronel Dousdebés haría obra excelente si quisiera publicar ya los nombres de los trescientos favorecidos y las fechas del caso. Podrían ir dando el ejemplo Cartagena, Cúcuta, Bucaramanga, Tunja, Popayán, Bogotá, etc. Lo ejemplar sería tener toda la línea para el 17 de diciembre. Ojalá la idea prendiera en las repúblicas bolivarianas y simultáneamente hicieran los talladores de las cinco naciones cantar la piedra! Mientras tanto, hagámoslo nosotros.

Devotamente suyo,

L. E. Nieto Caballero.

Bogotá, septiembre 10 de 1930.

Señor Director de *El Tiempo*:

El coronel Dousdebés prometió enviarme la lista de los municipios colombianos por donde pasó el Libertador, con indicación de la fecha precisa que debe grabarse en cada una de las piedras que han de conmemorar el hecho y trazar en conjunto el itinerario de la gloria sobre el suelo de la patria.

Don Celio Cavanzo piensa dar el ejemplo en tierras de Santander, y al efecto sólo espera que quienes lanzaron la hermosa idea se pongan de acuerdo acerca de la leyenda que merezca esculpirse y acerca de las dimensiones y forma de la piedra, si se quiere la uniformidad, que sería hermosa pero no indispensable.

De Honda me escribe don Hernando Parra en el mismo sentido. Una benemérita institución, de la cual forma él parte, desea costear la piedra del homenaje y sólo aguarda los datos anteriores. Tal vez salga algún proyecto de que le oí hablar al doctor Pablo de la Cruz encariñado con la idea de que se adopte un modelo común para el grabado. Como cosa de él, sería sobrio y muy bello.

Por último, y es lo principal, el doctor Carlos E. Restrepo me informó que próximamente saldrá un decreto para nacionalizar, como quien dice, la idea. Ya la veo realizada en el país, deseoso como se le siente de atestiguar su fervor ante la sombra grande. Lo que nació con alas no podía quedarse como adorno en la región de los sueños.

Yo pondría como leyenda: *Pasó el Libertador!* Y la fecha y la flecha. La supresión de las palabras «por aquí», antepuestas a tal leyenda, no es cuestión de economía. Con ellas se va la mente al pasado. Sin ellas, se actualiza el hecho, que deja la sensación de haber ocurrido hace un instante. Pasó el Libertador! Los cuellos se alargan, los ojos se agrandan, todos los seres se empujan, como para ver el cortejo triunfal, la figura sagrada del padre de Colombia, allá en la primera revuelta del camino. Para obtener

una cosa, dijo Ibsen, basta deseárselo con ansia. Y ya la estamos deseando.

De usted muy cordialmente,

L. E. Nieto Caballero

Parece que la idea de colocar una piedra en cada uno de los municipios del país por donde pasó el Libertador, con indicación de la fecha y de la dirección de la ruta, ha tenido el mejor éxito. Nuestras palabras fueron secundadas patrióticamente por Nieto Caballero, y el ejecutivo se ocupa en elaborar el decreto respectivo.

Pero es bueno hacer una aclaración histórica: la idea primitiva de trazar en el suelo de la república el itinerario glorioso de Bolívar, es del doctor Eduardo Posada, cuyo pensamiento coincidió con el que se lanzó en Francia para perpetuar con lápidas de mármol la ruta marcial de Santa Juana de Arco.

Nos decía ayer el doctor Posada que le parecía prosaica la inscripción de «Por aquí pasó el Libertador», y que quizá debería nombrarse una comisión que escogiera una inscripción sencilla y patriótica más adecuada. Nieto Caballero sugiere la de «Pasó Bolívar», suprimiéndole el complemento de lugar «por aquí». Contra su opinión, creemos que la frase no se actualiza sino que se torna demasiado vaga. ¿No sería en tal caso mejor quitarle el acento a la frase de Nieto Caballero y poner simplemente, en una forma marcial «Paso al Libertador» y a continuación la fecha y la flecha que marque la dirección?

Tememos que si no se adopta algo muy sencillo, se convierta la piedra de Bolívar en una lamentable exhibición de epigrafía, de lo cual ya tenemos en plena capital muchos y pésimos modelos.

Jorge Wills Pradilla

El nigromante

=De la obra *Cuentos Malévolos*. Paris.=

Residía en un castillo de Suabia un viejo conde que desde que su mujer le engañó con un caballero cruzado y huído con él, se encerró en su señorial morada resuelto a romper todo vínculo con la humanidad. El hombre, pensaba, era el más inicuo de los seres; la mujer la más despreciable y ruín de las bestias hermosas. Todos los años el escudero del conde salía del castillo la noche de pascua y regresaba el primero de enero con acémilas cargadas de víveres y provisiones para todo el año. Una vez surtida la despensa del castillo, alzábase el puente levadizo, llenábanse los fosos y no volvía a bajarse el puente hasta la noche de pascua siguiente. Rotas las relaciones con los hombres, el conde se había dedicado al estudio de la nigromancia, la cábala, la alquimia y demás ciencias que le ponían en contacto amistoso con el diablo.

Era Edwis, la hija del conde, una linda doncella de quince años, a la que el desventurado caballero tenía encerrada con sus camareras en una torrecilla, la más alta del vetusto castillo, tan alta y escarpada que desde sus ventanas era imposible distinguir las facciones de los labriegos y peregrinos que pasaban cerca de los fosos. No quería el conde que su hija viera a los hombres ni escuchara sus fementidas palabras, para que su corazón no latiera un día a impulsos de la pasión amorosa.—¡Sería adúltera, como su madre!—exclamaba con pena e ira.—¡Que ame a Dios o al diablo, porque éstos no se dejan engañar y tienen siempre a su alcance el goce supremo de la venganza! Pero mejor es que no ame a nadie, ni a mí...

En un viejo palimpsesto arábigo había encontrado el conde una obscura y cabalística fórmula para la elaboración del filtro de la felicidad. Había conseguido algunos de los ingredientes indicados en la fórmula por medio de los cuales se producían en el alma humana y en el juego mismo de la vida los elementos indispensables para la felicidad; pero desgraciadamente, en la hoja del libro había caído una cantidad de un licor corrosivo que había destruido gran parte del pergamino, precisamente en la porción correspondiente a la fórmula para obtener el olvido de las penas pasadas, sin lo cual no hay felicidad posible.

Sólo el diablo podía darle la fórmula completa y resolvió acudir a sus consejos, como había ocurrido otras veces en sus investigaciones sobre la piedra filosofal o el *homunculus*. Una noche, el conde—después de ordenar a su escudero que disparase algunos ballesazos a un necio juglar o trovador que desde hacía varios días turbaba el silencio de las cercanías entonando estúpidos serventesios,—hizo sus sabios conjuros a la luz de una lámpara con azufre y apareciósele complaciente el diablo.

—Heme aquí, ¿para qué me llamas, conde? ¿qué necesita tu ciencia vacilante y mezquina de la infinita sabiduría infernal?

—Oh, rey mío y señor de mi alma: quiero... te suplico, un chispazo de tu ciencia inmortal para alumbrar mis pobres investigaciones.

—Habla...

—Señor, busco el secreto de la felicidad, el filtro de la ventura.

—Pides demasiado. No te diré el secreto, pero sé quién puede revelártelo. Llama a tu hija y pregúntaselo.

—¡Oh, señor, pero al verte, el terror paralizará sus labios!

—No, porque su inocencia y su ignorancia de las cosas de este mundo y del otro la defienden del terror.

El conde llamó a Edwis. Cuando entró la bellísima niña el diablo hablaba, y cuál no sería el asombro de la doncella al reconocer en la voz del maligno espíritu, la voz suave y armoniosa del juglar que, frente a su ventana, entonaba hermosas canciones en lengua francesa sobre algo muy dulce, muy bello, muy noble, muy agradable, que llamaba *el amor*. Y, efectivamente, como el diablo esperaba, Edwis no experimentó al verle espanto alguno; toda su impresión al encontrarse frente a frente del demonio se reveló en un estremecimiento.

—Dime, hija mía, ¿cuál es el secreto de la felicidad?

Extraña pregunta para la infeliz doncella que, encerrada severamente en las habitaciones de la torre, no tenía conceptos de la vida sino a través de las leyendas heroicas que le refería el viejo escudero del conde. Al escuchar la inusitada pregunta de su padre le miró

estupefacta, meditó un segundo, y siguió su pensamiento que, como ave atraída por la luz y el espacio, se dirigió a esa ventana de cruzados hierros de su alcoba que le permitía ver, desde muy arriba, abajo el abismo de rocas, y allá, lejos, los bosques, las montañas, el cielo azul, los caminantes, los juglares que entonan, al són del bandolín, serventesios de amor...

—No sé, padre mío, el significado de la palabra que dices... si es algo bello, si es algo agradable... qué sé yo, padre mío..., será acaso el amor la felicidad...

—¡Mientes! necia y depravada criatura; el amor es la mentira eterna y la suprema desventura. ¡El amor! ¿Cómo hablas, desdichada, de lo que ignoras, de lo que ignorarás siempre?...

El diablo desapareció como por encanto en las sombras de la colosal estufa y el conde, furioso, ordenó de nuevo el encierro de la hermosa Edwis. Muchos meses pasaron, años, y el conde continuó en su misteriosa y amarga investigación. Y volvió a tropezar con su impotencia para concluir la elaboración del precioso filtro. Resolvió evocar de nuevo al diablo para que le diera la última clave del secreto. Y la respuesta del maligno espíritu fue la misma: que la revelación del secreto saldría de los labios de la joven Edwis. Hízola venir el conde. La niña descolorida y tímida era ya una rozagante joven de ojos brillantes y luminosos. Al preguntarle su padre:—¿Qué es la felicidad?—contestó, no ya con las vacilaciones y rubores de antaño, sino con la voz firme de la convicción:

—Padre mío, la felicidad, para mí, creo que consistirá en ser madre,

—¡Condenación y miseria!—rugió el conde,—¿cómo supones que la felicidad pueda ser el ignominioso vínculo del que resulta la maternidad...? Tu madre fue la causa de mi deshonra y de mi dolor que no he podido vengar. ¡Maldita sea tu madre, mil veces maldita! Madita sea su alma, ya continúe enfangándose en el oprobio del adulterio, ya haya acudido a responder a la inexorable justicia del Eterno!... ¡Ser madre, desventurada! ¿Acaso podrías serlo honradamente tú, que en tus venas tienes la sangre impura de esa húngara sin fe y sin honra a la que elevé, por su belleza, belleza maldita como la tuya, a mi tálamo?... Déjame, loca, y no turbes mi trabajo con vocablos absurdos e ideas necias que, aunque hijas de tu inexperiencia, son burbujas que suben a la superficie inocente de tus labios desde el fondo de tu ser en donde obscura y fangosa palpita el ánima de tu depravada madre. Vete, infeliz, capullo de adúltera, botón de impurezas, germen de desventuras y deshonras, vete...

Pasáronse varias años y el conde continuó su labor de alquimista y nigromante. Las misteriosas ciencias a que se dedicaba con ahínco, y el tiempo, le encanecieron y avejentaron, debilitando su vista, haciendo vacilante sus miembros y desencantándole no poco de los resultados obtenidos y de la buena voluntad del diablo para ayudarle, a pesar de haberle vendido su alma. No obstante, el filtro de la felicidad seguía entusiasmándole porque era muy poco lo que le faltaba: la fórmula cabalística, el ingrediente misterioso que produciría el olvido de los dolores, ingrediente encontrado por el sabio árabe, consignado en su manuscrito, pero destruido por la diabólica fatalidad que hizo caer el líquido corrosivo en la parte más preciosa del importante pergamino. Quizá sería algo de uso frecuente,

algo de las muchas piedras y polvos que tenía en los recipientes, matraces y potes. La acción de los astros y de las cosas de la naturaleza sobre las acciones y la vida del hombre es tan decisiva como secreta para el vulgo. Todos los sentimientos y apetitos de los hombres obedecen a la influencia de los astros y de las virtudes ocultas de las cosas. ¿No es sabido que la sardónica da castidad, que la golotides, enloquece; que la querina hace indiscretos a los hombres, la silueta reconcilia amantes y la orita hace estéril a la mujer? ¿Por qué no ha de existir alguna piedra o planta que engendre la felicidad o el olvido? ¡Y pensar que el diablo podía darle el secreto, más aún, que estaba obligado a revelárselo porque era dueño de su alma a cambio de su cooperación en la obra en que estaba empeñado! ¡Olvidar! Él olvidaría también la traición de la infame que hacía más de veinte años huyó del castillo. Resolvió evocar al diablo por última vez. Y así lo hizo una noche de tempestad furiosa que hacía estremecer el castillo con el estampido de los truenos y las brutales sacudidas del huracán. Apareció el genio maligno al conjuro del conde.

—Señor, por última vez te ruego que me reveles el secreto de la felicidad.

—Y por última vez te digo que se lo preguntes a tu hija; ella te lo dirá, porque a mí me está vedado hacerlo. Si buscas el filtro que hará felices a todos los hombres, buscas algo imposible aun para el orgulloso y omnipotente señor de las alturas. Cada hombre necesita un filtro especial. Tu hija te dirá la fórmula del tuyo.

El conde llamó a su hija y entró Edwis. La joven adelantó con paso firme y ademán respetuoso hasta su padre; con ambas manos cogió los flancos de su vestidura y al modo de un blanco arcángel que cogiera las extremidades de sus alas en reposo, se inclinó esperando que su padre hablara. El rostro fresco, terso, sonrosado de Edwis expresaba la mayor felicidad moral y la mejor salud física. El conde miró a su hija con asombro y pena: la joven era el vivo retrato de la esposa infiel; una ráfaga de recuerdos punzantes activó

en su alma dolorida la hoguera de odio y rencor a la mala esposa...

—¿Cuál es el secreto de la felicidad, hija mía?... Tú tienes aspecto de ser feliz en este encierro, en esta soledad agreste, debes saberlo, dímelo.

—La felicidad para ti, padre mío, que fuiste desventurado esposo y padre severo es... perdonar y amar; perdonar a tu hija y amar a... tus nietos.

En ese momento se oyó un ruido espantoso de crisoles rotos. Iba el anciano a contestar con una imprecación las palabras de su hija y acaso a matarla; pero al ruido volvióse instintivamente hacia sus crisoles y matraces rotos y he aquí lo que vió a la luz de la lámpara de aceite: un niño de siete años que encaramado sobre una mesa intentaba encasquetarse su pesado yelmo de combate; otro niño de cinco años que daba furiosos garrotazos a un feo caimán y a un hosco buho disecados, testigos burlones de las afanosas investigaciones cabalísticas del conde; y por último, una linda chiquilla de tres años, de azules ojos y rubios cabellos que le tiraba suavemente de la barba y estiraba la fresca boquita para darle un beso.

Varios años después, un viejecito, una tarde de primavera, sentado a la puerta del castillo, refería a unos niños historias y cuentos de encantamiento y les decía:

«... y entonces el trovador, de acuerdo con la joven, con la que se había casado secretamente, se disfrazó de diablo y deslizándose desde la torre por el tiro de la estufa aparecióse al huraño castellano que buscaba la felicidad y el olvido de los dolores.»

—¿Y los encontró, abuelo?

En aquel momento, una paloma que posaba en una ventana del castillo, ventana de la que fue alcoba de la infiel esposa, arrancó el vuelo hacia el oriente. El anciano siguió por un rato el vuelo del ave, hasta que la perdió de vista. Quedóse un momento ensimismado y una lágrima se deslizó por sus rugosas mejillas. Los niños le repitieron la pregunta y contestó distraído:

—La felicidad sí, esa sí la encontró.

Clemente Palma

Bibliografía titular

(Registro, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

Y es preciso que algo se destruya, si queremos cambiar de piso. Es una ley que hace tiempo está ya dada a los hombres. Es una ley política universal. Un escritor católico, amante del orden, nada sospechoso, Pablo Luis Landsberg, discípulo del malogrado filósofo Max Scheler, enunciaba esta ley en su libro *La Edad Media y Nosotros*, uno de los libros más sabrosos que Ortega y Gasset hizo incluir hace unos años en las ediciones de la *Revista de Occidente*.—Cita de Benjamín Jarnés.

Leemos con gusto el tomo III de la *Historia del Mundo*. (Salvat editores. Barcelona. 1930.)

De la pág. 67 trasladamos estos renglones sugestivos:

La influencia de los fariseos era enorme, precisamente porque hacían alarde de pureza y practicaban la penitencia y una rigurosa piedad. Tanto el *Talmud* de Babilonia como el de Jerusalén, obra de los sacerdotes, y, por con-

siguiente, reflejo de sus enemigos, describen a los fariseos dividiéndolos en siete clases, cuyos nombres, por sí solos, son ya siete tipos de tartufismo. Uno es el *sichemita*, esto es, de Sichem, donde se estableció Abrahán primeramente. Por lo tanto, este fariseo será arcaico, admitiendo sólo lo antiguo y la primitiva revelación. Otro tipo de fariseo es *el que siempre cae*, el pobre quiere obrar bien, pero tropieza, no es culpa suya si obra mal. Otro es *el que se desangra*—materialmente se pierde por el amor de Dios, se queda exámine,—no puede hacer más que deshacerse. El cuarto es *el mortero*, el que muele, pasta, tritura las palabras de la Ley. El quinto es el fariseo tan moderno que *no quiere saber más que cómo ha de salvarse él*. El sexto el que es fariseo *por miedo*, y el séptimo, único bueno, el que lo es sólo por amor. Jesús ataca a los fariseos con parábolas y sermones. Los define con los tan expresivos nombres de *sepulcros blanquea-*

dos, los acusa de ser avaros y amantes del dinero, y de robar a las viudas, lo que concuerda con lo que dice Josefo de los fariseos y con modernos casos de fariseísmo que podemos ver entre nosotros.—José Pijoán.

Siguen trabajando con éxito las nuevas editoriales de España.

La Editorial CENIT ha sacado en estos días estos libros interesantes:

Belyk y L. Panteleev: *Schkid*. La república de los vagabundos. Trad. del alemán y prólogo de W. Roces. Madrid. 1930.

En la serie PROSISTAS EXTRANJEROS CONTEMPORÁNEOS.

Alardo Prats y Beltrán: *Tres días con los Endemoniados*. La España desconocida y tenebrosa. Madrid. 1929.

En la serie REPORTAJES SOCIALES.

Henri Barbusse: *El fuego*. (Diario de una escuadra). Nueva edición corregida y con prólogo especial del autor. Trad. del francés por Antonio Buendía Aragón. Madrid. 1930.

En la serie LA NOVELA DE LA GUERRA.

John Dos Passos: *Rocinante vuelve al camino*. Trad. del inglés por Mágina Villegas. Madrid.

De la serie PROSISTAS EXTRANJEROS CONTEMPORÁNEOS.

La Editorial ESPAÑA reedita, corregida, ampliada, con el nombre de *El ocaso de un régimen*, la obra de Luis Araquistain: *España en el crisol*.

En la serie IDEAS Y HECHOS POLÍTICOS.

La Central de Ediciones y Publicaciones de Madrid (Marqués de Cubas, 9), nos remite dos obras:

Sir Paul Dukes: *En la hoguera bolchevique*. Aventuras de un inglés en la Rusia roja. Madrid. 1930.

En las Ediciones LEYRA.

J. G. Gorkin: *Días de bohemia*. Novela. Madrid 1930.

En las ediciones VLISES.

La Casa Editorial ARALUCE (Calle de las Cortes, 392, Barcelona) nos envía:

Sémène Zembak: *Bajo el knut*. El campesino ruso en la época zarista. Novela rutena.

Rómulo Gallegos: *La trepadora*. Novela.

En las Ediciones de LA REVISTA BLANCA: *Fuerza y Materia*, por el Dr. Luis Büchner—Estudios populares de historia y filosofía naturales. Versión castellana de A. Avilés.

De los autores:

De mi vida inquieta. Selección de Crítica y Discursos de CAMILO CRUZ SANTOS, publicada en San José de Costa Rica por la Editorial Alsina, en 1930.

Enrique de Gandía (Casilla de Correo 644. Buenos Aires. Rep. Argentina):

La ilusión errante. Juan, Roldán y Cia., editores. Buenos Aires; y *El secreto de los tiempos*. Buenos Aires.

Antonio S. Pedreira, Catedrático de filosofía y Letras de la Universidad de Puerto Rico: *Aristas*. Ensayos. Librería y Edit. Campos. San Juan, Puerto Rico.

A los caudillos militares han sucedido en América los grandes estadistas. Hasta fines del siglo pasado los pueblos del sur creyeron con más o menos fervor en el poder mágico de los generales, y esperaron de ellos la paz y el progreso, la felicidad y el buen gobierno. Para manejar naciones jóvenes e inquietas sólo podía apelarse al prestigio de una espada victoriosa y magnánima, al poder de una voluntad madurada en los combates, a la fascinación que un brillante uniforme ejercía sobre las masas idólatras y despojadas. Con el prestigio de un gran general, Tomás Cipriano de Mosquera pudo doblar las cordilleras hasta llegar a la Plaza de Bolívar; Porfirio Díaz se demoró en la presidencia de México, y Juan Vicente Gómez ha conservado la provincia de Venezuela como un feudo cerrado a la libertad. Muchos de estos generales han sido auténticos héroes, otros han sido apenas fantasmas de la guerra, pero siempre el criterio de que una mano fuerte era necesaria, coronó sus ambiciones de mando. Cuando la etapa de los caudillos pasó, vino la de los grandes estadistas. Los pueblos llegaron al convencimiento de que un gran general no era precisamente un gran estadista. La disciplina de los combates y la organización económica de un país son dos cosas diferentes. Los tiempos nuevos han evolucionado en formas tan complejas, que para gobernarlos se necesita poseer una ciencia aparte, especializarse en el servicio civil de la administración pública. Esta convicción popular ha llegado a conocimiento de los caudillos y entonces el caudillo ha concluido por hacerse llamar «un gran estadista», en vez de «un gran general».

El gran estadista, lo mismo que el gran general, o que el viejo sacerdote de la tribu, no tiene sino una frase pendiente de los labios: trabajar por la felicidad del pueblo. Ningún dictador ha olvidado jamás este pequeño estribillo milagroso, que debe pronunciarse con tono profundo y acompañarse de promesas despampanantes. Sólo que el dar buen gobierno no es cosa de promesas, ni de buenas intenciones, ni aún de dejar hacer como querían los filósofos. Hasta el rincón más escondido de una despensa campesina llegan a sentirse las consecuencias de un mal administrador de la república. Y el pueblo que se siente defraudado, lentamente revalúa el concepto del gran estadista, y acaba por quitarle su confianza.

Ninguno de los muertos civiles de 1930 (ni el doctor Abadía Méndez, ni el señor Siles, ni el señor Leguía, ni el señor

Lo que busca Hispanoamérica

La mentira del gran estadista

= De *El Tiempo*, Bogotá =

Irigoyen), ascendieron como simples ciudadanos, sino como egregios hombres de estado. Pero en Colombia, en Bolivia, en el Perú y en la Argentina (en una forma más culta, claro está), han procedido los pueblos con el mismo criterio de los salvajes que acababan por tragarse fritos a los sacerdotes cuando descubrían el engaño de las promesas y la inutilidad de los conjuros.

La traición de los hombres ilustres

= De 1930, La Habana =

Alguna vez se ha dolido nuestra gente nueva de la falta de guíadores. En sus mejores rebeldías—está casi presente el caso universitario—ha faltado el orientador insospechable. Ido Manuel Sanguily, imposibilitado Varona por sus años para la militancia y la actividad en las filas de los inadaptados, ha buscado en vano nuestro estudiante, y nuestro profesional incontaminado, la voz impar. Muchos esfuerzos limpios, más de una actitud gallarda, han caído por falta de una mano respetada que los encauzase a tiempo.

No faltan en Cuba superiores capacidades. En más de una disciplina lucimos hombres eminentes. Pero ninguno está hecho de barro distinto del de los otros hombres. Más aún, se hermanan en nuestro medio—singular contraste—el talento brillante, la maestría plena, con la más flaca condición moral. Tan frecuente es el caso, que puede intentarse el paradigma de nuestro hombre ilustre: años de empeñado, a veces durísimo aprendizaje; lauros universitarios, instalación cómoda en el bufete, en la redacción o en la cátedra; honores oficiales, nacionales e internacionales; usufructo apasible, en la madurez, de prestigios y dineros allegados casi siempre a precio de silencio y de pleitesía a los intereses dominantes. Y nada más. El desvelo no traspasa los límites de la provincia de que se hizo especialidad. La política es cosa envilecida y baja para el hombre ilustre. O va a ella como a un negocio más, con escepticismo elegante y holgado. Cuando el país sufre momentos aflictivos, cuando la cosa pública corre días indecorosos, cuando precisan la postura definida y el gesto indignado, el hombre eminente estudia desde su biblioteca hacia qué parte descargarán los nublados para sonreír a tiempo a quien quede dueño del campo. U ofrece su prestigio, su ciencia, sus lauros nacionales o internacionales, a quien rige los destinos cubanos como mayordomo irresponsable de fundo privado. La violencia, la arbitrariedad, la injusticia, saldrán en lo adelante vestidas con dignidad: el hombre ilustre dirá bajo su firma lo que indique el gesto malhumorado del mayordomo. Ha rematado el hombre ilustre su vida como lo ansió: coronada de gloria cotizable y de cheques jugosos.

La ausencia total de virtudes civiles en nuestros mejores hombres de pensamientos no debe afligirnos. Debemos sólo precisar el hecho. Y poner a prueba—por contraste—la capacidad cívica—moral—de las generaciones nuevas. La traición de los hombres ilustres debe decirnos la imposibilidad absoluta de articular con ellos empeños colectivos. Los compañeros para la acción futura quedaron—están—en el 95. Si los jóvenes poseídos de honrada inconformidad con el bochornoso momento que vivimos quieren decidirse a una acción limpia, de veras patriótica, de veras nueva, han de tomar ejemplo y enseñanza de los cubanos de ayer y romper radicalmente, violentamente, con las generaciones republicanas desconcertadas o claudicantes.

Otros traidores

El Sr. Emilio del Toro Cuevas, abogado de la Universidad de la Habana y actual Presidente del Tribunal Supremo de Puerto Rico, ha dicho en la sonada solemnidad del 4 de Julio y arrogándose, por su cargo, la voz de la isla hermana

(Pasa a la página 240)

El cambio político que se ha cumplido en Suramérica durante este año ha coincidido con la depresión general de los negocios, con la crisis económica universal a que no se ha sustraído pueblo alguno. De tal suerte que ya hay quienes dicen que nosotros hemos buscado una fácil solución al echarle la culpa de todas las desventuras al gobierno. ¿Y qué culpa puede tener un partido político en que disminuyan los precios del café y del trigo o en que los salarios resulten insuficientes o en que no haya trabajo para todos?

Porque aunque la reacción podría dirigirse contra muchos frentes, se concreta a un individuo, como en los tiempos de las tribus rudimentarias. Pero en esta manera de proceder ni obra aislado nuestro pueblo inculto ni se encuentran solas las repúblicas hispanoamericanas. El movimiento de revaluación política está dirigido y fomentado por las juventudes universitarias, por la gente de pensamiento, que sigue en esto una corriente universal. En los Estados Unidos, por ejemplo, Hoover ha pasado como sobre brasas los meses de su gobierno, después de haber ascendido como un taumaturgo, por no haber podido contener las caídas de la prosperidad americana: hoy su nombre es el pararrayos en donde se descargan todas las nubes de la protesta. Y como critican los americanos a Mr. Hoover, se critica en Europa a los grandes líderes políticos que se encuentran en su caso. En todas partes querían comerse vivos a los sacerdotes que no han podido cumplir los programas de la prosperidad.

La razón de este criterio simplista universal es una razón de hecho. Aunque un gobierno no puede estar hablando en las juntas directivas de los bancos, ni aconsejándoles a los comerciantes sobre si importan zarzas o telas de seda, sí es el encargado de imprimir una fisonomía económica a un país. Y no solamente tiene esta obligación, sino que en sus manos está depositado el capital más grande de la república. Los sesenta millones de dólares a que ascienden las rentas públicas en Colombia, no son sino los intereses de una gran fortuna de que el gobierno dispone para hacer realmente la felicidad del pueblo. En una escala más elocuente, los cuatro mil doscientos millones de dólares a que suben cada año las rentas en los Estados Unidos representan la corriente de dinero más abundante del país, y su inversión influye hasta en el más humilde de los balances particulares. En estas circunstancias no puede menos de atribuirse

una responsabilidad inmensa a los gobiernos en las crisis económicas.

La juventud hispanoamericana ha mirado los hechos sin fantasías. Las nuevas generaciones no son románticas, o por lo menos tratan de ser un poco aritméticas. Ellas han roto con el mito del gran estadista, para acercarse un poco a la fórmula precisa del buen gobierno. Tal vez se equivoquen en la selección de sus hombres, puede ocurrir que los militares que han colaborado con ellas olviden a la postre sus juramentos civiles: pero en lo que han acertado es en sus juicios anteriores. Los acontecimientos de los últimos meses no han sido improvisaciones líricas. Ocho, diez años llevan las juventudes de luchar por lo que ahora empiezan a conseguir. La crisis económica ha servido para solucionar los problemas políticos, pero es porque ella ha justificado las críticas anteriores. Del régimen despótico de Bolivia se hicieron estudios minuciosos que pusieron de relieve la forma en que se enajenaron sin provecho las riquezas públicas, y sólo el destierro fué la respuesta dada a los rebeldes. En el Perú, la Universidad de San Marcos fué clausurada por Leguía al día siguiente de haberse hecho la crítica de la organización de la justicia por el profesor Belaunde, y Mariátegui sufrió prisión por estudiar el régimen económico del Perú, y Haya de la Torre pagó con el des-

tierro sus proclamas de redención social. Los estudiantes de la Argentina denunciaron la política militarista de su país, iniciada al cerrarse la conferencia panamericana de Santiago, y pidieron una justa inversión de los presupuestos, pero sus voces quedaron ahogadas en los conciliábulos políticos. Al viejo régimen conservador colombiano se le hizo una crítica desapasionada y comprensiva que no oyeron los confiados usufructuarios del poder. Y aunque el señor Siles dominaba como un señor feudal, y aunque el señor Leguía tuvo un gran prestigio diplomático, y aunque el señor Irigoyen dominaba un vasto sistema político, y aunque el señor Abadía recogió una herencia administrativa de cuarenta años, la realidad económica se impuso en el ánimo del pueblo y fué superior a todas las consideraciones de otro orden. Hispanoamérica quiere una vida nueva, quiere un nuevo orden, quiere redimirse económicamente. En silencio, sin que un militar los acompañe ni una esperanza los alegre, los falsos estadistas han tenido que abandonar los viejos escenarios por donde pasaron jugando durante treinta, cuarenta años bajo las máscaras de grandes estadistas. Es una buena lección para el futuro, y también para los días que corren. Las juventudes no han hecho sino dar el primer paso, pero quizá no descansen hasta el día en que el nuevo criterio se haya impuesto a todo lo largo del continente.

Germán Arciniegas

Nueva York, 1930.

Otros traidores...

(Viene de la página 239)

lo siguiente: «Tras la guerra... Cuba ha podido gozar más en el corazón de nosotros, ha podido desarrollarse más a su manera y creerse más libre y de momento más feliz, pero nosotros hemos avanzado más que ella en el camino de la verdadera democracia y la república en la instauración de un gobierno de ley, y el ciudadano de Puerto Rico está mejor garantizado en su libertad individual y en todos sus derechos que el de Cuba.» No hay que decir la indignada repulsa que en lo más sensible de la juventud portorriqueña ha levantado esta declaración pagada a buen precio. El Partido Nacionalista, por boca de su presidente, nuestro entrañable Albizu Campos, ha tomado, en manifiesto ga-

llardísimo, la defensa cubana, poniendo al descubierto la avilantez del alto funcionario yanqui.

Demos desde aquí nuestra gratitud al Partido Nacionalista, nuestra mano a Pedro Albizu Campos. Y señalemos —sin honrar con una réplica al Sr. Toro— este síntoma doloroso que florece ya por por toda Hispanoamérica: hombres de nuestra sangre sirviendo de puente al dominador rapaz, antillanos, suramericanos, cantores de excelencias y perfecciones rubias en que ya nadie cree.

En los primeros años de nuestra vida republicana no faltaron cubanos que razonasen como el Magistrado de Puerto Rico. Hasta llegó a parecer respetable el esfuerzo por nuestra completa yanquización cuando se acentaba so-

bre la necesidad sin ley de subsistir. Los hechos han reducido en pocos años, a un grupo de malintencionados y mercaderes el anexionismo de ayer. El caso de Puerto Rico precisamente ha servido de ejemplo decisivo. ¿Quién no sabe hoy que en aquella isla la condición del criollo es vil? Quién—que no sea un asalariado de Washington como el Sr. del Toro—ignora que el jornal que el yanqui paga en ingenios y haciendas de Puerto Rico no alcanza para el sustento misérrimo del bracero antillano? ¿Quién, un poco preocupado de estas cosas, no ha visto un cuadro estadístico de la isla vecina en que los pequeños propietarios nativos, dueños hasta hace poco del país, quedan reducidos a una manada de esclavos? Y todo—los tiempos son otros y el yanqui hace las cosas mejor que el español—dentro de la mas absoluta legalidad, con religioso respeto por el derecho de todos, como afirma el Magistrado portorriqueño.

En días románticos alguien insinuaría que si los hijos de Puerto Rico venden su tierra e hipotecan su casa al extranjero, el extranjero no puede aparecer culpable. En tiempos en que las fatalidades histórico-económicas nos han enseñado cómo el poder del dólar asfixia científicamente a quien lo sufre, lo patriótico, lo honrado, lo humano, es alejar el poder agobiador, combatir realidades mortales para los hombres de nuestra sangre, bregar, si no por otra cosa, por el decoro criollo. Lo contrario, la loa de la penetración extraña, el pregón de las delicias del nuevo coloniaje —lo que hace el Sr. del Toro en su discurso— no es cosa que necesite calificativos.

Tablero =1930=

El tomo II de las Meditaciones de Omar Dengo, ya está en prensa. Con la publicación de esta obra, los que siguen amándolo honran su memoria en el 2.º aniversario de su muerte. Quienes deseen adquirirla, diríjase al Administrador del Rep. Am. Con la solicitud de la obra, remitan, bajo cubierta certificada, su precio: \$ 2. La edición es corta y no llegará el libro sino a quien se interese por adquirirlo.

Precio del ejemplar en el extranjero \$ 1 oro am.

Pro Omar Dengo

Vienen.....	\$ 583.00
Juan Fco. Villalobos de 1 ejpr. de (El Libro de Chelam Balam)..	5.00
Juan Muñoz Chavez, (Idem idem)..	5.00
	\$ 593.00

Etimología

Se le pasó por alto apuntarme el error que cometí a este respecto en uno de los diálogos anteriores, aun cuando ya se ve que aquello fue lo que suele llamarse un lapsus, que es como decir, resbalón o deliz involuntario que resulta de no poderse suponer que aquél que comete el error ignore el hecho que desfigura.

Suele decirse en este sentido lapsus calami si el error es escribiendo, y lapsus linguae si hablando; como cuando un orador o escritor que discurre sobre la vida de Colón dice o escribe inadvertidamente que descubrió la América en 1924 y no en 1492. Lapsus y lapsus vienen de un verbo que significa correr, deslizarse; el primero significa por sí solo trascurso de tiempo, sin que sea menester decir «lapsus de tiempo»; el segundo es uno de tantos latinismos incorporados en el lenguaje corriente, como cactus, corpus, lavabo, mapamundi, palmachristi, utipossidetis.—Cita de Marco Fidel Suárez.

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

<p>CERVEZAS</p> <p>ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.</p>	<p>FABRICA:</p> <p>REFRESCOS</p> <p>KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.</p>	<p>SIROPES</p> <p>GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.</p>
---	---	--

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Cº.) San José, Costa Rica